

# Revelacions de la Venerada Hermana Sor Ana Catalina Emmerich

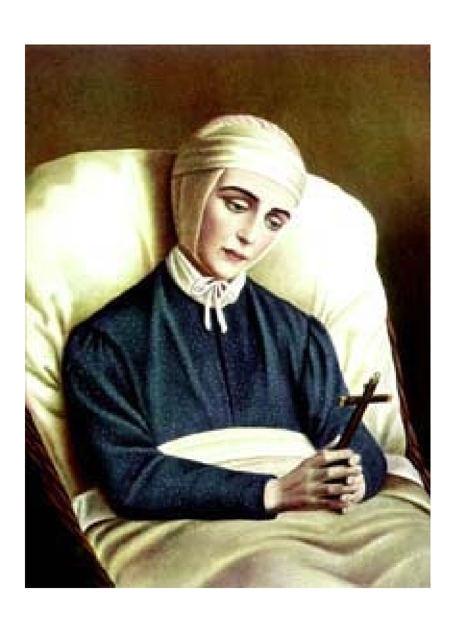


Revelacions de la Venerada

Hermana

Sor Ana Catalina Emmerich

1



**PRESENTACION**

“La Vida de la Virgen Maria”

Antes de la publicación de las VISIONES de Sor Ana Catalina Emmerich, se sabía muy poco respecto de la vida de la Madre de Dios. Por medio de éstas REVELACIONES, se nos dan detalles preciosos de ésta Singularísima Mujer,

que ha sobrepasado en GLORIA a los Angeles y Querubines. A través de éstas serias, verídicas y augustas visiones, podemos saber cómo nació, cómo se crió, cómo vestía y cómo procedía la Virgen, que consagró toda su existencia a preservar El Divino Depósito: JESUS, el Hijo del Altísimo ; a custodiarlo en la vida y a reverenciarlo después de La Ascensión, no anhelando otra cosa en los años postreros, el momento de unirse sempiternamente con EL. A continuación, tenemos Las REVELACIONES concernientes a lo anteriormente indicado y a los Misterios del “SANTO ROSARIO” de JESÚS y MARIA. Sor Ana Catalina Emmerich fue una Religiosa alemana, que sufrió los Estigmas de Jesucristo y fue un Alma escogida para que Un ángel Luminoso de Dios la transportase a esos lugares en éxtasis y pudiera ver y oír lo que aquí ella nos relata y su Testimonio nos ayude a la conversión verdadera al Salvador Jesucristo, Nuestro Señor.

Sinceramente en Cristo Jesús y María

Raúl Moreno López.

2

“Sor Ana Catalina Emmerich”

**“R E V E L A C I O N E S”**

**“PREDESTINACION DE LA SMA. VIRGEN”**

**Sancta Maria, ora pro nobis.**

Vi un cuadro maravilloso: Era DIOS, que después de la caída del hombre, mostraba a los ángeles cómo quería regenerar al linaje humano. A primera vista no comprendí ese cuadro, pero pronto se me esclareció.

Vi el trono de Dios, la Santísima Trinidad y como un movimiento en Ella. Vi los nueve coros de ángeles a quienes Dios anunciaba de qué manera iba a reparar a la humanidad ya caída. A este anuncio, vi un gozo indecible entre los ángeles.

El desarrollo de los designios de la Misericordia de Dios sobre el hombre fue mostrado en diversos cuadros simbólicos. Vi aparecer esos cuadros en medio de los nueve coros angélicos y enlazarse unos con otros como una historia. Vi a los ángeles cooperar en esos cuadros, protegerlos y defenderlos. No puedo referir

con exactitud la serie y encadenamiento de esos cuadros; pero con el auxilio de Dios diré aquello de que me acuerdo: Ví ante el trono de Dios una montaña de piedras preciosas; crecía y se desarrollaba sin cesar y tenía gradas y se asemejaba a un trono y luego tomaba figura de una torre. En esta forma, encerraba todos los tesoros espirituales, todos los dones de la Gracia. Los nueve coros de ángeles la rodeaban. A uno de los costados de la torre vi, como sobre un pequeño ribete formado por una nube dorada, aparecer cepas de vid y espigas de trigo que se entrelazaban como entre los dedos de ambas manos juntas.Vi presentarse en el cielo una figura semejante a una Virgen que entró en la torre y se hizo una misma cosa con ella. La torre era muy alta y plana en la cumbre; me pareció que por el envés tenía una abertura por la cual entró la Virgen. No era ésta la Virgen María en el tiempo, sino la Virgen María en la eternidad, en Dios. Vi producirse su aparición ante La Santísima Trinidad del mismo modo que el aliento de la boca se condensa en sutil vapor. Vi también salir de La Santísima Trinidad una figura hacia la torre. En ese momento, apareció en medio de los coros como un tabernáculo del Santo Sacramento. Parecía que todos los ángeles trabajaban en él y tenía la forma de una torre rodeada de imágenes simbólicas de toda clase. A su lados había dos figuras que extendían las manos detrás de él. Este vaso espiritual parecía crecer continuamente y cada vez se hacía más rico y más magnífico. Entonces vi salir de Dios cierta cosa y pasar por entre los nueve coros de ángeles, esto se pareció semejante a una nube luminosa que se distinguía más y más a medida que se acercaba a ese tabernáculo de santidad al cual entró finalmente.

En cuanto puedo comprenderlo, era esto una bendición substancial de Dios relativa a la continuidad de una línea pura y sin pecado, o por decirlo así, a la producción de puros renuevos.

Vi en fin esta bendición en forma de haba brillante entrar en el tabernáculo, después de lo cual, éste se perdió en la torre.

**“R E V E L A C I O N E S”“EL NACIMIENTO DE MARIA SANTISIMA”**

**Stella matutina, ora pro nobis**

Días antes de su parto, Ana había anunciado a su esposo Joaquín que este suceso se aproximaba.

Envió ella mensajeros a Séforis donde vivía su hermana Maraha, al valle de

Zabulón a casa de María Enué, hermana de Isabel y a Betsaida a la casa de su sobrina María Salomé para invitarlas a que viniesen a su casa. Vi a Joaquín la víspera del parto de Ana, enviar numerosos servidores 3

a los parajes en que pacían sus ganados. Entre las nuevas criadas de Ana, nó dejó en casa sino las indispensables para el servicio; él mismo fue al campo más inmediato.

Joaquín oró por largo tiempo, escogió los mas hermosos corderos, cabritos y bueyes y los envió al templo como sacrificio de acción de gracias. No volvió a casa sino hasta la noche.

Las tres parientas de Ana llegaron al anochecer a la casa de Joaquín. La visitaron en el cuarto que seguía a la sala principal y la abrazaron. Ana después de anunciarles la proximidad de su parto, estando de pié entonó con ellas un cántico en éstos o semejantes términos: **“Alabad al Señor Dios; El ha tenido piedad de su pueblo, ha cumplido la promesa que hizo a Adán en el Paraíso, cuando le dijo que la descendencia de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente”**

**.** Después de ésta oración de bienvenida, se sirvió a las mujeres una pequeña cena de pan, frutas y agua mezclada con bálsamo. Ellas comieron y bebieron de pié y después se fueron a dormir para descansar del viaje y Ana se quedó de pié y oraba. A medianoche despertó a sus parientas para que orasen con ella ; la siguieron y se colocaron detrás de una cortina en el sitio del lecho.

Abrió Ana las puertas de un pequeño nicho cavado en el muro y que encerraba reliquias en una caja. En ambos lados encendieron luces pero ignoro si eran lámparas.

Un escabel rellenado estaba al pié de esa especie de altarcillo. En el relicario había cabellos de Sara, por quien Ana conservaba gran veneración, huesos de José que Moisés trajo de Egipto, cierta cosa de Tobías, quizá algún pedazo de vestido y el vasito brillante en forma de pera en el cual bebió Abraham cuando lo bendijo el ángel y que Joaquín había recibido con la bendición.

Ahora sé que ésta bendición era de pan y vino y como un nutrimento o comida sacramental.

Ana se arrodilló delante del nicho, dos de las mujeres estaban a sus costados y la tercera a sus espaldas; Ana dijo entonces un cántico y creo que era sobre la zarza

de Moisés. En ese instante una luz sobrenatural llenó el cuarto y se movía y condensaba en derredor de Ana. Las mujeres cayeron de cara como desvanecidas; la luz tomó en torno de Ana la forma de la zarza de Moisés en el Horeb, de suerte que no vi más a la esposa de Joaquín. La llama radiaba hacia el interior y de repente, vi que Ana recibiese en sus brazos a la niña María toda resplandeciente; la envolvió en su capa, la estrechó contra su seno y enseguida la puso sobre el escabel ante el relicario y continuó en oración. Entonces oí llorar a la niñita y vi que Ana sacaba pañales debajo del gran velo que la cubría. Envolvió a la criatura hasta bajo sus brazos, dejando descubierto pecho, cabeza y brazos, la aparición de la zarza ardiendo se había disipado.

Las mujeres se levantaron y quedaron sorprendidas, verdaderamente emocionadas y tomaron a la recién nacida en sus brazos; ellas lloraban de puro contento. Todas entonaron un nuevo cántico en acción de gracias y Ana suspendió en el aire a la niña como para ofrecerla a Dios.

En ese instante ví de nuevo llenarse de luz el aposento y oí a muchos ángeles que cantaban

“Gloria” y “Aleluya”. Entendí todo lo que decían: Anunciaban que a los 20 días, la niña recibiría el nombre de María.

Ana entró a su pieza para acostarse y se puso en la cama. Las mujeres desnudaron a la niña, la bañaron y la envolvieron de nuevo. Después de esto, la llevaron a su madre, cuya cama estaba dispuesta de manera que se podía poner en ella un canasto descubierto en donde la niña tenía un lugar aparte al lado de su madre.

Las mujeres llamaron entonces a su padre Joaquín, vino cerca del lecho de Ana, se arrodilló y derramó abundantes lágrimas sobre la niña; luego la levantó en sus brazos y entonó un cántico de alabanzas como Zacarías en el nacimiento de Juan.

En ese salmo habló del santo germen que, puesto por Dios en Abraham, se perpetuó en el pueblo de Dios con la alianza sellada por la circuncisión y que en ésta niña llegaba en su última florescencia. Oí además en éste cántico que la palabra del profeta Isaías: **“Una vara saldrá de la raíz de Jessé”** , estaba ahora cumplida. Dijo también con mucho fervor y humildad que ahora moriría él de buena gana.

## “R E V E L A C I O N E S” “PRESENTACION DE MARIA EN EL TEMPLO”

**Sancta Virgo virginum, ora por nobis.**

La niñita María será pronto llevada al templo de Jerusalén. Vi hace algunos días a Ana en un aposento de la casa de Nazaret, teniendo delante de ella a María, ya de tres años de edad y enseñándola a rezar, porque luego vendrían los sacerdotes a examinarla para su admisión en el colegio del Santuario. Ese día había fiesta en la casa de Santa Ana; como una preparación. Se hallaban allí extranjeros, parientes, hombres, mujeres y niños; también se hallaban presentes tres sacerdotes, uno de Séforis, otro de Nazaret y el tercero de un lugar cercano. Estos sacerdotes habían venido a examinar si la niñita María se hallaba en estado de ir al templo.

Después los vi ponerse en marcha al amanecer. La niñita María deseaba con ardor llegar al templo; salió de la casa con toda ligereza y fue a colocarse junto a las bestias de carga ; después de algunos días de viaje llegaron a Jerusalén.

Bien temprano Joaquín se dirigió al templo con los otros hombres, más tarde María fue llevada allí también por su madre con un acompañamiento solemne. Ana y María de Helí con su hija María de Cleofás iban adelante. Las seguía la santa niña con su saya y capa azul celeste con brazos y cuello adornados de guirnaldas, llevando en la mano una antorcha engalanada de flores.

A cada lado de María marchaban tres niñas con iguales antorchas y vestidos blancos bordados de oro. Como María, también ellas llevaban capas de color azul claro, guirnaldas de flores y pequeñas coronas alrededor del cuello y de los brazos. Enseguida iban las otras vírgenes y niñitas, todas vestidas de gala pero sin uniformidad; cerraban la marcha las demás mujeres.

Cuando llegó el grupo descrito antes, vi a varios servidores del templo ocupados en abrir con grandes esfuerzos una puerta muy grande y muy pesada, brillante como el oro y sobre la cual estaban esculpidas algunas cabezas, racimos de uvas y manojos de espigas: Era la puerta Dorada. El séquito pasó por esa puerta y para llegar a ella, tuvieron que subir por cincuenta gradas; no sé si entre ellas había algunos intervalos de piso plano. Quisieron conducir de la mano a María pero, ella lo rehusó y llena de júbilo y entusiasmo, subió las gradas rápidamente

y sin tropezar. Todos se hallaban vivamente impresionados. Después del sacrificio, arreglaron un altar portátil cubierto o sea, una mesa de sacrificio con gradas. Zacarías y Joaquín con otro sacerdote, vinieron del patio de los presbíteros a éste altar, ante el cual estaban un sacerdote y dos levitas con rollos de papel y todo aparejo para escribir. Un poco a la espalda de María, se hallaban las niñas que la acompañaban; ella se arrodilló sobre las gradas, Joaquín y Ana extendieron las manos sobre la cabeza de su hija, el sacerdote le cortó algunos cabellos que fueron quemados en un bracero. Los padres pronunciaron ciertas palabras por las cuales ofrecían a su hija, palabras que los dos levitas escribieron. Entretanto las niñas cantaban el salmo 44 y los sacerdotes el salmo 49 y los niños acompañaban con sus instrumentos. Entonces dos sacerdotes tomaron a María de la mano y subiendo por muchas gradas, la pusieron en un sitio elevado del muro que lo separaba del vestíbulo del santuario. Colocaron a la niña en una especie de nicho situado en la mitad de este muro de modo que ella podía ver en el templo donde se hallaban en el orden muchos hombres que me parecieron consagrados a éste santo edificio. Dos sacerdotes estaban a los lados de la niña y sobre las gradas habían otros dos que recitaban en voz alta las oraciones prescritas en los rollos. Por otro lado del muro, un anciano príncipe de los sacerdotes estaba de pié junto a un altar, en un sitio tan elevado que apenas podía vérsele la mitad del cuerpo. Lo vi ofrecer el incienso cuyo humo se esparció alrededor de María. Los presbíteros tomaron las coronas con que la niña rodeaba sus brazos y la antorcha que llevaba en la mano y se las dieron a sus compañeras. Le colocaron sobre la cabeza una especie de velo moreno y 5

haciéndola bajar por unas gradas, la condujeron a una sala vecina donde otras seis vírgenes del templo mayores que ella vinieron a recibirla esparciéndole flores a su paso. Seguíanla sus maestras, Noemí hermana de la madre de Lázaro, la profetiza Ana y otras más. Los sacerdotes recibieron entre sus manos a la niña y después de esto, se retiraron. Se hallaban también allí el padre y la madre de la niña y sus más próximos parientes. Acabándose las cánticos sagrados, la niña se despidió de su familia. Joaquín sobretodo se hallaba sumamente conmovido; tomó a María en sus brazos, la estrechó contra su corazón y le dijo bañado en lágrimas: “Acuérdate de mi alma delante de Dios”. Entonces María con la maestra y muchas niñas se dirigió a la habitación de las mujeres en la parte septentrional del templo. Ellas ocupaban piezas que habían sido construidas en sus gruesos muros. Podían ellas por medio de pasajes y escaleras, subir a pequeños oratorios colocados cerca del santuario del **Santo de los Santos.** Vi a la santa Virgen en el venerado edificio, ya en el colegio con las demás niñas, ya en su aposento, progresando siempre en el estudio, en la oración y en el trabajo.

Hilaba, tejía, hacía encajes para el servicio del templo, lavaba los paños y limpiaba los vasos. Muchas veces la vi rezar y ... aparte de las oraciones prescritas por las reglas del colegio, la vida de María era un anhelo incesante de la Redención y una continua oración interior; pero hacía todo eso de un modo pacífico y secreto.

Cuando todos dormían, ella se levantaba de la cama e invocaba a Dios. Muchas veces la vi bañada en lágrimas e inundada de la Luz durante la oración, oraba con velo. Se ocultaba de igual modo con el velo cuando hablaba a los sacerdotes o cuando bajaba a una sala contigua al templo para recibir el trabajo que debía ejecutar o bien, entregar el ya hecho. Vi a la santa Virgen frecuentemente en el templo arrebatada en éxtasis en oración; parecía que su alma no se hallaba en la tierra y a menudo recibía consuelos celestiales. Ardientemente suspiraba por el cumplimiento de la promesa y en su humildad apenas se atrevía a formar el deseo de ser la última criada de la Madre del Redentor. La maestra que cuidaba de María, de llamaba Noemí hermana de la madre de Lázaro y tenía cincuenta años. De ésta, aprendía María a trabajar y con ella andaba cuando limpiaba los vasos y paños manchados con la sangre de los sacrificios o cuando dividía o preparaba ciertas porciones de la carne de las víctimas reservadas para los sacerdotes y mujeres del templo. Difícil era que los sacerdotes desconocieran del todo los destinos que la Providencia le había asignado a María. Su conducta, la gracia que la adornaba y su discreción extraordinaria eran tan notables desde su infancia, que ni su extremada humildad bastaba para ocultarlas enteramente.

**“R E V E L A C I O N E S” “DESPONSORIOS DE LA SANTISIMA VIRGENCON SAN**

**JOSE”**

**Virgo Fidelis, ora pro nobis.**

La Santa Virgen vivía en el colegio con otras muchas vírgenes bajo la vigilancia de piadosas matronas. Esas vírgenes se ocupaban de bordados y obras de esa clase para las colgaduras del templo y paramentos sacerdotales; también cuidaban del aseo de los vestidos y de otros objetos pertenecientes al culto divino. Tenían celditas con vista al interior del santuario, en las cuales oraban y meditaban. Cuando llegaban a la edad nubil, se procuraba casarlas. Sus padres las habían consagrado enteramente a Dios al conducirlas al templo y entre los más piadosos israelitas, había el presentimiento de que uno de estos

matrimonios, produciría a su tiempo la venida del Mesías. Habiendo pues cumplidos catorce años la Sma. Virgen y debiendo se salir del lugar santo pronto con otras siete niñas para casarse, ví que Santa Ana la vino a visitar. Ya no vivía Joaquín. La Santa Virgen tenía una cabellera abundante, de un rubio dorado, cejas negras y arqueadas, ojos grandes, habitualmente bajos, con largas pestañas negras, nariz de bella forma y un poco larga, boca noble y graciosa y barba afilada; su talla era mediana y marchaba con gracia, decencia y gravedad. Cuando se anuncio a María que debía dejar el colegio y casarse, la ví profundamente conmovida y declaró al sacerdote que ella no deseaba dejar el templo, que se 6

había consagrado solo a Dios y que no le agradaba el matrimonio, pero se le respondió que debía de casarse.

Enseguida la vi en el oratorio rogar a Dios con fervor; me acuerdo también que, teniendo mucha sed, bajó con su cantarito para llenarlo de agua en un estanque o depósito y de allí oyó una voz sin aparición visible, que le consoló y la fortificó haciéndole conocer que debía consentir en casarse.

Después, se enviaron mensajeros a todas partes del país convocando al templo a todos los hombres solteros del linaje de David. Reunidos y que fueron muchos de ellos al santuario en traje de fiesta, los presentaron a la santa Virgen; y ví entre ellos a un joven muy piadoso de la comarca de Belén. Este joven había pedido a Dios con gran fervor el cumplimiento de la promesa y descubrí en su corazón un gran deseo de ser esposo de María. Cuando María volvió a su celda, derramó santas lágrimas porque no podía ni siquiera imaginarse que tuviese que dejar de ser virgen. Entonces vi que el gran sacerdote obedeciendo a un impulso interior que había recibido, presentó una vara a cada uno de los asistentes y les encargó que escribiesen su nombre en la respectiva vara y que cada uno la tuviera en la mano durante la oración y el sacrificio. Cuando hubieron practicado todo lo que se les dijo, se recogieron las varas, se colocaron sobre el altar ante el **SANTO DE LOS SANTOS** y se les anunció que aquel cuya vara floreciera, sería el designado por Dios para ser el esposo de María de Nazaret. En virtud de la orden del gran sacerdote, José vino también a Jerusalén y se presentó al templo. También se le hizo tener en la mano una vara durante la oración y el sacrificio. Cuando se disponía ponerla sobre el altar ante el **SANTO DE LOS SANTOS**, brotó de la vara una flor blanca semejante a una azucena y vi bajar sobre él cierta aparición luminosa; era como si hubiese recibido el Espíritu Santo. Se conoció pues que, José era el hombre designado por Dios para esposo

de la santa Virgen; los sacerdotes lo presentaron a la santa Virgen María en presencia de su madre. María resignada con la voluntad de Dios, lo aceptó humildemente como su esposo, porque sabía que todo es posible para Dios, que había recibido su voto de pertenecer a EL únicamente.

José, hijo de Jacob, era el tercero de seis hermanos. Sus padres moraban enfrente de Belén, en una gran casa que en otro tiempo fue de Isaí o Jessé, padre de David. En la época de José solo existían los gruesos muros de la antigua construcción.

José, que en esta visión tendría ocho años, era de un carácter muy diverso del de sus hermanos.

Al mismo tiempo que poseía una gran aventajada inteligencia y muy feliz memoria, era también sencillo, pacífico, piadoso y sin ambición. Sus hermanos le hacían sufrir de varios modos y a veces lo maltrataban.

En una época en que él tendría doce años cumplidos. Ví que para liberarse de las ofensas de sus hermanos, iba con frecuencia al otro lado de Belén, no lejos de lo que fue después la gruta del Pesebre, a pasar algún tiempo entre piadosas personas que pertenecían a una reducida comunidad de esenios.

La persecución de sus hermanos le hizo por fin imposible la permanencia en casa de sus padres. Vi que un amigo de Belén, cuya casa estaba separada de la de José por un arroyuelo, le proporcionó vestidos con qué disfrazarse y con ese medio dejó la casa paterna; y se fue a otra parte a ganar la vida con su oficio de carpintero. Tendría entonces de 18 a 20 años.

José era piadoso, bueno y sincero; y todos lo querían. Más tarde lo vi en Tiberíades trabajando para un patrón. José vivía solo en una casa a la orilla del agua, tendría entonces 33 años de edad.

Mucho tiempo hacía que sus padres habían muerto en Belén; dos de sus hermanos habitaban allí y los otros se hallaban dispersos.

José era justo y pedía vehementemente la venida del Mesías. Se ocupaba en arreglar junto a su casa un oratorio donde poder orar con más fervor, cuando un ángel le dijo que no continuase el trabajo, porque así como en otro tiempo Dios había confiado al patriarca José la administración del trigo de Egipto, así ahora, iba a confiar a su cuidado el granero que encerraba la mies de la Salvación.

José en su humildad no comprendió estas palabras y siguió orando con empeño hasta que lo citaron a que fuese al templo de Jerusalén para aspirar, en virtud de una prescripción de lo alto; es decir, a ser esposo de la Santísima Virgen.

Las bodas de María y de José que duraron de siete a ocho días, fueron celebradas en Jerusalén en una casa vecina a la montaña de Sión, que se alquilaba casi siempre para fiestas de éste género.

Además de las maestras y de las condiscípulas de María en el colegio del templo, había muchos parientes de Ana y Joaquín. Las bodas fueron solemnes y suntuosas y se inmolaron muchos corderos en sacrificio. Vi muy bien a María en su traje de desposada. Vestía una saya muy ancha con mangas y abierta por delante; sobre la saya lucía una capa o manto azul celeste que le caía sobre las espaldas, se plegaba por los dos lados y terminaba en cola. En la mano izquierda llevaba una pequeña corona de rosas de seda encarnada y blanca, y en la derecha un hermoso candelero dorado en que ardía algo que producía una llama blanquecina.

Las vírgenes del templo, arreglaron los cabellos de María, haciéndolo con increíble destreza.

Ana había traído el traje de novia y la virgen por su humildad, no quiso volver a ponérselo después de su desponsorio. Prendiéronle los cabellos en torno de la cabeza, cubriéndola con un velo blanco que le caía sobre los hombros y sobre el velo, le pusieron una corona. El anillo nupcial de la santa Virgen no era de oro, ni de plata ni de otro metal, era de color oscuro y tornasolado, no era pequeño ni delgado, sino grueso y como un dedo de ancho; era además sencillo, aunque se veían incrustados en él pequeños triángulos regulares en los cuales había letras. José vestía una saya larga de color azul, las mangas que eran muy anchas, estaban sujetas a los lados por cordones. Le rodeaba el cuello un collar oscuro o más bien, una ancha estola y dos bandas blancas le colgaban sobre el pecho.. Ví a María y José durante la fiesta en traje de bodas y en una ocasión me pareció que san José ponía el anillo nupcial en el dedo de la Sma. Virgen. Terminadas las bodas, la Sma. Virgen en compañía de su madre Ana, se fue a Nazaret; también la acompañaron hasta cierta distancia del camino muchas otras vírgenes que dejaron el templo juntamente con ella. María hizo el viaje a pié, José había ido a Belén para arreglar negocios de familia y solo más tarde se marchó a Nazaret.

## “REVELACIONES REFERIDAS A LOS MISTERIOS GOZOSOS”

## “LA ANUNCIACION A LA SMA, VIRGEN”

**Santa dei genitrix, ora pro nobis.**

El 25 de Marzo, poco después de su Desponsorio, vi a la Virgen en casa de José en Nazaret; él había salido con dos asnos, pienso que para traer algo que habría heredado o para conducir los instrumentos de su oficio. Me pareció que todavía estaba en viaje. Además de la santa Virgen y de dos niñas que, según creo, habían sido sus compañeras en el templo, estaban en la casa también Santa Ana y una prima suya que la servía y que más tarde la acompañó a Belén, después del nacimiento de Jesús. Santa Ana había renovado casi todo en la casa. Vi a las cuatro mujeres ir y venir en el interior y pasearse después juntas en el patio. En la noche las vi entrar y rezar de pié en torno de una mesita redonda y enseguida comer hierbas que habían sido puestas allí.

Después se separaron. Santa Ana anduvo de aquí para allá en la casa como una madre de familia ocupada en los menesteres domésticos. Las dos niñas se retiraron a sus piezas separadas y María se fue también a la suya. El aposento de la santa Virgen estaba en la parte posterior de la casa cerca del fogón. A él se subía por tres gradas, pues el piso se hallaba en esta parte mucho más elevado que en lo restante de este edificio, y descansaba sobre la viva peña. Enfrente de la puerta el cuarto era redondo y en esta parte singular, dividida por un tabique del alto de un hombre, se veía armada la cama de la Santa Virgen. Las paredes de la pieza se hallaban hasta cierta altura, revestidas con una especie de embutido de trozos de madera de diferentes colores. El techo era 8

de vigas paralelas, cuyos intervalos estaban ocupados por cuadros embellecidos con figuras de estrellas.

El **Joven luminoso** que siempre me acompañaba, me condujo a ese cuarto y ví lo que voy a narrar: La Santa Virgen luego de entrar, se vistió detrás del tabique de su cama una larga saya de lana blanca, con un ancho ceñidor y cubrióse la cabeza con un velo de un blanco amarillento.

Durante ese tiempo, la criada entró con una luz, encendió una lámpara de muchos ganchos que colgaba del techo y se retiró. Entonces la Santa Virgen tomó una mesita baja que había junto al muro y la puso en medio del cuarto. Esta mesita estaba cubierta con un tapete rojo y azul, en cuyo centro se veía una

figura bordada y sobre la mesita había un rollo de pergamino escrito.

María después de colocarla entre su cama y la puerta, donde el suelo estaba alfombrado, acercó a ella un cajoncito redondo y se arrodilló sobre él, apoyando las manos sobre la mesa. La puerta del cuarto quedaba delante de la Virgen a su derecha y ella tenía las espaldas vueltas a la cama.

La Virgen bajó su velo sobre la cara y juntó las manos sobre el pecho sin cruzar los dedos. En esa postura la vi orar mucho tiempo con ardor, teniendo el rostro vuelto al cielo; invocaba la Redención, la venida del **Rey prometido** al pueblo de Israel y pedía también que se le diese alguna parte en **Su Divina misión,** largo tiempo estuvo arrodillada en éxtasis; después, inclinó la cabeza sobre el pecho. En ese momento a su derecha, bajó del cielo raso del cuarto en línea poco oblicua, tal abundancia de Luz que, me vi obligada a volver la cabeza hacia el patio al cual daba la puerta. En esa luz vi que un joven resplandeciente con cabellos rubios flotantes, descendía por los aires ante ella. Era el ángel Gabriel. Habló a la Virgen y vi que de su boca salían palabras como de fuego, las leí y las entendí. María volvió un poco la cabeza cubierta hacia el lado derecho, pero por su modestia, no miró. El ángel siguió hablándola y María volvió la cara a ese lado, como obedeciendo a un mandato, alzó un poco el velo y respondió. El ángel habló más todavía y la Virgen entonces se levantó por completo el velo y miró al ángel y pronunció **Las Sagradas Palabras: "HE AQUI LA ESCLAVA DEL SEÑOR, HAGASE EN**

**MI SEGUN TU PALABRA" .** La Santa Virgen se hallaba en profundo arrobamiento, el cuarto estaba lleno de luz, la lámpara ya no brillaba. El cielo se abrió y mis ojos descubrieron sobre el ángel una vía esplendorosa, al final de ese mar de luz, vi una figura de la Santísima Trinidad, era como un triángulo luminoso, cuyos rayos se penetraban recíprocamente. Reconocí en él a **AQUEL** a quien solo se puede adorar (pero no expresar), al **DIOS TODOPODEROSO: PADRE, HIJO Y ESPIRITU SANTO.(NOTA**: El inefable diálogo que en ésta ocasión tuvo lugar entre el Embajador del Cielo y la Virgen de Nazaret, nos lo refiere el Evangelio de San Lucas.) Cuando la Sma, Virgen dijo : "Hágase en mí según tu palabra", vi una aparición alada del Espíritu Santo, la que no se asemejaba enteramente a la representación ordinaria en forma de paloma. La cabeza tenía algo de rostro humano; la luz que se difundía por sus dos costados formaba como alas y de esa visión partían tres corrientes luminosas, que fueron a reunirse en el costado derecho de la Sma. Virgen.

Cuando estos rayos de luz penetraron en su costado derecho, María quedó resplandeciente y como diáfana; parecía que lo que tenía de opaco, se retiraba delante de esas corrientes silenciosas de aire, como la noche delante del día. En aquel momento, la Virgen fue inundada de luz y apareció del todo brillante. Después de esto, el ángel desapareció; la vía luminosa de la cual había salido, se replegó sobre sí misma; era como si el cielo aspirase e hiciera entrar en él ese río de luz. Después de la desaparición del ángel, la Sma. Virgen quedó sumida en éxtasis profundo y concentrada en sí misma; vi que conocía y adoraba la Encarnación del Salvador en ella, donde El estaba como un pequeño cuerpo humano luminoso, completamente formado y provisto de todos sus miembros. Algún tiempo después la Sma. Virgen se levantó, se acercó al altarcillo que había en la pared, encendió la lámpara y oró de pié. Ante ella se veían rollos escritos encima de un elevado pupitre. Enseguida se acostó en su cama ya estando cerca el nuevo día.

**“LA VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN A CASA DE ISABEL”** 9

Algunos días después de la Anunciación del ángel a María, San José volvió a Nazaret e hizo ciertos arreglos en la casa para poder ejercer su oficio, porque él no había vivido mucho en Nazaret, en donde apenas había pasado unos dos días. Nada sabía de la Encarnación de Dios en María; ella era la Madre y también la esclava del Señor y guardaba humildemente su secreto. La Sma. Virgen cuando sintió que el Verbo se había hecho carne en ella, experimentó un vivo deseo de ir pronto a un lugar de Judea cerca de Hebrón , a visitar a su prima Isabel que según le había dicho el ángel, hacía seis meses que se hallaba en cinta. Como se acercaba el tiempo en que José debía ir a Jerusalén para la fiesta de la Pascua, ella deseó acompañarlo para asistir a Isabel durante su embarazo. José se puso pues en marcha para Jutta con la Sma. Virgen. La casa de Zacarías, esposo de Isabel estaba sobre una colina aislada; alrededor había algunos grupos de casas y un arroyo bastante caudaloso bajaba de la montaña.

Me pareció que era el momento en que Zacarías volvía de Jerusalén para su casa, después de las fiestas de Pascua. Vi a Isabel impulsada por un inquieto deseo de avanzar lejos de su casa por el camino que conduce a Jerusalén; y a Zacarías que volvía sumamente asustado de encontrarla tan lejos en la condición en que se hallaba. Ella dijo que su corazón estaba muy agitado y que la atormentaba el pensamiento de que su prima María de Nazaret venía a visitarla. Zacarías procuró disuadirla y le hizo entender por signos y escribiendo en una tablita, que era poco verosímil que una novia emprendiese tan largo viaje. Volvieron juntos a

la casa. Isabel no podía renunciar a su esperanza porque había sabido en sueños de que una mujer de su sangre había llegado a ser la Madre del Mesías prometido. Entonces pensó en María y concibió un ardiente deseo de verla y, en espíritu la había visto que venía hacia ella, Le tenía preparado en su casa a la derecha de la entrada un pequeño cuarto con sillas y ahí estaba ella sentada al otro día esperando y mirando si llegaba María. De repente, se levantó y se dirigió al camino a recibirla.

Isabel era una mujer anciana de alta estatura, tenía la cara pequeña y facciones finas, tenía cubierta la cabeza. Solo conocía de fama a la Sma. Virgen. María al verla de lejos conoció que era ella y se dirigió a toda prisa a su encuentro anticipándose a San José que discretamente se quedó atrás. María estuvo pronto entre las casas vecinas cuyos habitantes impresionados por su maravillosa hermosura y por cierta dignidad sobrenatural que resplandecía en su persona; se retiraron respetuosamente cuando ella encontró a Isabel. Las señoras se saludaron con cariño dándose la mano. En ese momento, vi un punto luminoso en la Santa Virgen y como un rayo de luz que partía de allí hacia Isabel y del cual, esta recibió una impresión sorprendente. Ellas no se detuvieron en presencia de los hombres, sino que tomándose del brazo, se dirigieron a la casa por el patio anterior y en la puerta de la casa, Isabel dio la bienvenida a María y entraron juntas. José que conducía el asno, llegó al patio, entregó al animal a un sirviente y fue a buscar a Zacarías en una sala abierta a un lado de la casa. Saludó con mucha humildad al anciano sacerdote, lo abrazó cordialmente y conversó con él por medio de la tablita en que escribía, porque estaba mudo desde la aparición del ángel en el templo María e Isabel ya estando en la casa, se dirigieron a una sala que parecía ser la cocina. Aquí se abrazaron con mucho afecto y se tocaron recíprocamente las mejillas; entonces vi salir de María rayos luminosos hacia el interior de Isabel; ésta se quedó del todo iluminada por los rayos, su corazón fue agitado con una santa alegría y conmovido profundamente. Se retiró hacia atrás y levantando las manos llena de humildad, de júbilo y de entusiasmo exclamó**: “BENDITA ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES Y BENDITO ES**

**TAMBIEN EL FRUTO DE TUS ENTRAÑAS. ¿DE DONDE PROCEDE QUE LA MADRE DE MI SEÑOR VENGA A MI?. HE AQUÍ QUE LUEGO QUE LA VOZ DE TU**

**SALUTACION LLEGO A MIS OIDOS, SALTO DE GOZO EL NIÑO QUE LLEVO EN**

**MI SENO. ERES FELIZ POR HABER CREIDO Y SE CUMPLIRA LO QUE EL SEÑOR**

**TE HA DICHO”.** Después de estas palabras, condujo a María al cuartito preparado para ella, para que pudiera a bien sentarse a reposar de las fatigas del viaje. Solo había que dar unos pasos hasta allí; pero María dejó el brazo de Isabel que había tomado, cruzó las manos sobre el pecho y comenzó el cántico inspirado: “**La Magníficat”.** Ví que Isabel repetía en voz baja el Cántico 10

con igual movimiento de inspiración. Después se sentaron en sillas muy bajas y había sobre una mesita también poco elevada, un pequeño vaso colocado delante de ellas. ¡Qué felíz se hallaba!, repetí con ellas las mismas preces y me vi sentada a poca distancia. ¡Oh cuán feliz era!. María permaneció tres meses en casa de Isabel, hasta que hubo nacido Juan , pero no estaba allí cuando el niño fue circuncidado. Cuando José volvió a Nazaret con la Santa Virgen, conoció en su figura alterada que ella estaba en cinta; entonces fue asaltado por toda clase de inquietudes y dudas, porque no conocía la embajada del ángel a María. Después de su matrimonio, había ido a Belén por negocios de familia. María durante ese tiempo había permanecido en Nazaret con su madre y algunas compañeras; la Salutación Angélica se había verificado antes de volver José a Nazaret y María por su humildad había guardado para ella el secreto de Dios. José no manifestaba sus inquietudes, sino que luchaba en silencio contra ellas. La Santa Virgen que había previsto todo eso, se hallaba grave y pensativa, lo que aumentaba aún la ansiedad de José. La inquietud llegó a él, a tal punto, que cuando María quiso volver a su casa, él formó el proyecto de abandonarla y de huirse ocultamente. Mientras meditaba él en esa idea, un ángel se le apareció en sueños y lo consoló.

## “CAMINO A BELEN POR EL NACIMIEMTO DE JESUCRISTO”

**Mater Christi, ora por nobis.**

Quince días hace que veo a la Santa Virgen en preparativos para el nacimiento de Jesucristo; dispone cobertores, fajas y pañales. Se halla muy embarazada y trabaja sentada en un cuarto con otras mujeres; éstas también preparan también objetos para el parto de María. José no está en casa mas, debe de llegar hoy a Nazaret. Se hallaba en Jerusalén a donde había ido a llevar animales para el sacrificio. Como hoy a medianoche atravesará la llanura de Kimkí a seis leguas de Nazaret, un ángel se le apareció y le mandó que partiese con María a Belén,

porque allí debía ella dar a luz a su hijo. Vi a la Santa Virgen en la casa de Nazaret en donde José le hizo conocer lo que el ángel le había dicho la noche precedente. María sabía ya que debía dar a luz en Belén, pero por su humildad, nada había dicho sobre eso. Conforme y gustosa con la voluntad divina, se preparó a un viaje penosísimo para ella en aquella estación del año, en que había muchas veces intenso frío en valles situados entre cadena de montañas. Era de noche cuando José y la Virgen salieron de casa, María iba sentada sobre la albarda del asno que llevaba el equipaje y José lo conducía. Los ví avanzar por un camino que subía a las montañas de Gelboé; ellos no pasaban por las poblaciones sino que tomaban los atajos o sendas más cortas. De ese modo llegaron a la propiedad de Lázaro, en la cual, el administrador que ya los conocía, los recibió bondadosamente . Este y su mujer, hablaron muy cariñosamente con la Santa Virgen admirándose de que emprendiesen aquel viaje en el estado en que se hallaba, cuando podía quedarse cómodamente en su casa de Nazaret. En el seguir del camino, la Virgen experimentaba mucho frío y era menester que José tomase providencias con ella sobre todo en las noches. Ella invocaba a Dios pidiéndole que no permitiera que le hiciese mal el frío. José consolaba y alentaba a María; ¡era tan bueno y sufría tanto por lo penoso del viaje!, le habló del cómodo alojamiento que esperaba proporcionarle en Belén. Le alabó a Belén en general y le dijo todo lo que a la Santa Virgen podía servirle de consuelo. Esto me inquietaba, porque sabía yo bien que las cosas sucederían de un modo muy diverso.

Siguiendo por el camino, llegaron a una hostería de muy buen aspecto compuesta de muchos edificios rodeados de árboles y jardines. Habiendo la Virgen echado pié en tierra, José tomó el asno por la brida y aproximándose a la casa, pidió alojamiento al hostelero, pero éste se excusó porque todo estaba ocupado. En aquel momento vino su esposa y como la Santa Virgen se dirigiera hacia ella y le pidiera con humildad conmovedora que le proporcionase alojamiento, ésta 11

mujer sintió profunda emoción y hasta el posadero no pudo resistir a tales instancias. Les dispuso un lugar cómodo en una barraca vecina y llevó al asno a la caballería. José arregló la lámpara bajo la cual se puso a orar con María, observando el sábado con piedad edificante.

Comieron algo y se acostaron sobre esteras extendidas sobre el suelo. Los santos viajeros permanecieron todo el día en ese lugar y oraban juntos. Vi a la esposa del hostelero junto a la Santa Virgen con sus tres niños y se sentían muy

impresionados por la modestia y sabiduría de la Virgen. María conversó también con los niños y les dio algunas instrucciones; éstos tenían en sus manos pequeños pergaminos y María los hizo leer y les habló de un modo tan amable que no quitaban de ella su vista. Era conmovedor al verla y mucho más oírla. Vi a San José pasearse después del mediodía con el mesonero por los alrededores; examinaron los jardines y los campos y tuvieron santas conversaciones.

José y María continuaron su viaje muy de mañana bajando a un valle por el lado sudeste de la montaña. Los santos viajeros tomaron un camino más llano por el cual andaba a pié la Santa Virgen. A menudo hallaban en su marcha sitios cómodos en los cuales descansaban y se fortalecían. Llevaban consigo pequeños panes y una bebida que a la vez apagaba la sed y fortificaba: era bálsamo que mezclaban con agua; también recogían frutos de los árboles y arbustos en ciertos parajes expuestos al sol. Lo primero que hacía José cuando se detenían o entraban en alguna parte, era buscar sitio adecuado para que la Santa Virgen pudiera sentarse y reposar cómodamente. Se lavaban con frecuencia los pies. En el transcurso de su peregrinar a Belén, en los anocheceres no siempre eran bien acogidos para descansar y hubo veces que se los negaron y por consiguiente continuaban su camino hasta encontrar un cobertizo para refugiarse y pasar las noches; José se las ingeniaba para preparar el lugar lo más cómodo para su esposa; luego oraban, comían un poco y dormían algunas horas y así , continuar cada día. José se detenía más frecuentemente al fin del viaje porque la Santa Virgen se fatigaba cada vez más. José y María continuaban su viaje llegando por último a una gran posada en cuyo patio se elevaba una gran fuente con grandes surtidores; allí tomaron un poco de alimento, oraron y durmieron. Al mediodía José y la Virgen se pusieron en marcha para Belén que ya entonces distaba unas tres leguas. La dueña de la casa los invitó a quedarse porque le pareció que la Virgen podía enfermar de un momento a otro. María respondió después de haber bajado su velo, que todavía podía esperar unas treinta y seis horas. Al momento de partir, vi a José hablar con el fondista acerca de su asno y le dijo que también traía una borriquita para empeñarla en caso de necesidad. Como los posaderos exponían la dificultad de hallar alojamiento en Belén, José respondió que tenía amigos ahí y que con certeza serían bien recibidos. Yo estaba siempre apenada por oírle hablar así con tanta seguridad y de eso continuaba hablando con María durante el trayecto restante. Llegando a Belén José, buscaba de casa en casa sin poder hallar una que pudiera recibirlo. En todas partes estaban alquiladas las piezas, en todas partes fue rechazado y le dijo a María al fin que era necesario ir a otra parte de Belén, donde indudablemente hallarían lo que buscaban. Ellos se volvieron en dirección contraria a la que habían tomado al llegar y se fueron

hacia el sur.

También allí fueron vanas todas las tentativas de encontrar posada. Se fueron a otro rumbo de la ciudad donde las casas eran escasas y dispersas; entonces encontraron un gran trecho vacío en una hondonada grande; era como un extenso campo desierto de la ciudad. Allí se alzaba una especie de cobertizo y a poca distancia un gran árbol de tronco liso y cuyas ramas se extendían lejos y formaban como un techo a su rededor. José llevó a la Santa Virgen a éste árbol para que pudiera descansar mientras él seguiría buscando entre las casa vecinas. María estuvo al principio de pié apoyada en el tronco; su vestido de lana blanca sin ceñidos, caía en pliegues en torno de ella y un albo velo le cubría la cabeza. Muchas personas la miraban al pasar sin saber que **EL**

**SALVADOR**. se hallaba tan cerca de ellas. ¡Qué paciente y resignada estaba la Virgen!.

Todavía tuvo que esperar largo rato y al fin se sentó sobre las frazadas, con las manos juntas sobre el pecho e inclinada la cabeza. José volvió muy triste, no había podido hallar hospedaje.

Los amigos de quienes había hablado a la Santa Virgen, apenas daban indicios de conocerlo. El lloraba y María lo consolaba. Todavía se fue otra vez a buscar de casa en casa y para que su 12

solicitud fuese mejor acogida, exponía el próximo parto de su esposa y por eso mismo recibía repulsas más terminantes. El lugar donde estaba María, era solitario y algunos paseantes se detenían y miraban de lejos con curiosidad, como sucede ordinariamente cuando se ve a alguno quedarse largo rato en un mismo sitio al caer el día. Creo que algunos le dirigieron la palabra a María y le preguntaron quién era. Al fin llegó José y se hallaba tan turbado que apenas tenía valor para presentarse a su esposa. Le dijo que todo era inútil; pero que él conocía cerca de la ciudad un paraje en donde se refugiaban los pastores cuando venían a Belén con sus ganados y que hallarían allí por lo menos un abrigo. José conocía ese lugar desde su juventud y que si los pastores venían, se arreglaría fácilmente con ellos; pero que esto sucedía raras veces en ésta estación del año. Cuando la Virgen estuviese acomodada allá tranquilamente, agregó él que haría nueva tentativa.

**“EL NACIMIENTO DE JESUS”**

Era ya tarde cuando José y María llegaron a la puerta de la gruta. Ella le dijo a José:

**“Seguramente que la voluntad de Dios es que entremos aquí”** . José puso el asno bajo la especie de techo que había delante de la entrada del subterráneo; preparó un asiento para la Santa Virgen y ella se sentó, mientras José se proporcionaba luz y entraba en la gruta. La entrada estaba obstruida por manojos de paja y por esteras puestas junto a las paredes. Fijó en la pared una lámpara encendida e hizo entrar a María quien se colocó en el lecho que él había dispuesto con frazadas y algunos paquetes. Se excusó humildemente de no haber podido proporcionarle un mejor albergue; pero María se hallaba interiormente contenta y gozosa.

Cuando la Virgen estuvo acomodada, salió José con su odre que llevaba consigo y se fue a la pradera donde corría un pequeño arroyo, lo llenó de agua y lo llevó a la gruta. Enseguida fue a la ciudad donde consiguió platos y carbón.. La Santa Virgen pasó el día siguiente (era sábado) en la gruta del pesebre orando y meditando con gran fervor. Yo los ví comer alimentos preparados en los días precedentes y orar juntos. El fue nuevamente a Belén antes de concluir el sábado para comprar otros objetos necesarios y frutas que llevó a la gruta del pesebre. Cuando José volvió, dirigió una mirada a la Santa Virgen sin entrar en su cuarto y la vio orando de rodillas sobre su cama; ella miraba al oriente y tenía vueltas sus espaldas a la entrada. Le pareció que la veía envuelta en llamas y que toda la gruta se hallaba esclarecida por la luz sobrenatural. Del modo que Moisés cuando vio que ardía la zarza. José se sobrecogió de terror, entró en su pieza y se prosternó con el rostro en tierra. Vi que la luz que rodeaba a la Santa Virgen, se hacía cada vez más viva y refulgente; no se notaba la de la lámpara que José había encendido. María con su ancho vestido sin ceñidor, estaba de rodillas sobre la cama y con la cara vuelta al oriente. A la medianoche ella fue arrebatada en éxtasis y la ví elevarse de la tierra a cierta altura con las manos cruzadas sobre el pecho. El resplandor aumentaba en torno de ella y parecía que todas las cosas, aún los seres inanimados, se sentían movidos de singular alborozo. La roca que formaba el suelo y atrio de la gruta, como que se movía por el reflejo de la luz. Pero bien pronto no vi más que la bóveda. Una vía luminosa cuyo brillo aumentaba sin cesar, se elevaba de María hasta lo más alto del cielo. Había en eso un maravilloso movimiento de celestiales resplandores que, acercándose más y más, se manifestaron distintamente bajo la forma de coros angélicos. La Santa Virgen oraba y bajaba los ojos sobre su Dios, de quien había venido a ser Madre, y qué débil niño recién nacido estaba recostado ante ella. Vi a Nuestro Señor

como un párvulo luminoso, cuyo brillo eclipsaba el esplendor de todo el contorno, acostado sobre el cobertor entre las rodillas de la Santa Virgen. La Santa Virgen permaneció algún tiempo en éxtasis y después la vi poner un lienzo sobre el niño, pero no lo tomó en sus brazos ni le tocó. Después de cierto intervalo, vi moverse al Niño Jesús y oí que lloraba y parece que María recobró el uso de sus sentidos. Cogió al Niño, lo envolvió en el lienzo que le había puesto encima, lo tomó entre sus brazos y lo 13

estrechó contra su pecho. Enseguida se sentó, se cubrió así misma y al niño con el velo, creo que lo amamantó. Entonces ví alrededor de ella, ángeles en forma humana que se prosternaban con respeto ante el recién nacido y lo adoraban. Había transcurrido una hora desde el nacimiento del niño cuando María llamó a San José que oraba todavía con el rostro en tierra; habiéndose acercado, se prosternó lleno de júbilo, de humildad y de fervor. Solo cuando María lo indujo a estrechar contra su corazón al Don Sagrado del Altísimo, se levantó, recibió al Niño Jesús en sus brazos y dio gracias a Dios con lágrimas de alegría. Entonces la Santa Virgen envolvió en pañales al Niño Jesús; no tenía mas que cuatro pañales. Enseguida vi que María y José se sentaron en tierra cerca uno del otro, nada decían y parecía que ambos estaban absortos en contemplación. Delante de María, envuelto como un niño ordinario estaba acostado Jesús recién nacido, bello y brillante como un rayo. ¡Ah! Me decía yo, éste lugar contiene la salud del mundo entero y nadie se preocupa de ello. Colocaron después al Niño en el pesebre; entonces ambos se pusieron a su lado derramando lágrimas de gozo y entonando cánticos de alabanza y José arregló el lecho y asiento de la Santa Virgen al lado del pesebre. La vi antes y después del nacimiento de Jesús, vestida con un traje blanco que la envolvía completamente. La ví allí en los primeros días sentada, arrodillada, de pié y aún recostada y dormida, pero jamás enferma ni fatigada. Cuando nació Jesús, vi que los pastores asustados por el aspecto insólito de esa noche maravillosa, estaban de pié delante de sus cabañas, miraban en derredor suyo y consideraban con asombro una luz extraordinaria sobre la gruta del pesebre. Al principio los pastores estaban atemorizados, pero un ángel apareció delante de ellos y les dijo**: “No temáis, porque vengo a anunciaros una gran nueva que causará gozo a todo el pueblo de Israel. Hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador, que es el Cristo, el Señor. Lo conocerán por éste signo: Hallaréis al Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”.** Mientras el ángel anunciaba esto, el esplendor crecía más y más en torno suyo y yo vi cinco o siete figuras de ángeles muy bellas y luminosas. Tenían en sus manos como una larga banderita en la cual había algo escrito con letras grandes como la mano y los oí alabar a Dios y cantar**: “Gloria**

**a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad”.** No vi que los pastores fuesen inmediatamente a la gruta del Pesebre, de la cual distaba más de una legua; sino que los vi deliberar sobre lo que le llevarían al recién nacido y preparar sus presentes con la posible presteza. Ya en la aurora, se dirigieron al pesebre. A los primeros albores del día, llegaron los pastores a la gruta con algunos presentes que habían preparado: eran animalitos parecidos a los cabritos; también llevaban sobre sus espaldas algunos pajaritos muertos y en los brazos algunas aves vivas de talla más elevada. Llamaron con timidez a la puerta de la gruta y José salió a recibirlos, entonces ellos le refirieron lo que los ángeles les habían anunciado y le dijeron que venían a rendir sus homenajes al Niño de la Promesa y a presentarle sus pobres ofrendas. José las aceptó con humilde gratitud y condujo a los pastores a la Santa Virgen que se hallaba sentada junto al pesebre y tenía al Niño Jesús en su regazo. Los pastores se arrodillaron humildemente y permanecieron largo rato en silencio absortos en un sentimiento de indecible alegría; después entonaron el himno que habían oído cantar a los ángeles y un salmo del cual no me acuerdo.

Cuando trataron de retirarse, la Santa Virgen les presentó al Niño Jesús, a quien ellos tuvieron por turno en sus brazos; lo devolvieron con lágrimas a la Madre y se alejaron de la gruta. Por la noche vinieron a la gruta otros pastores con sus hijos y mujeres. Traían aves, huevos, miel, madejas de hilo de diferentes colores, paquetitos que se asemejaban a la seda en bruto y otras cosas. Luego que hubieron dado sus obsequios a José, se acercaron humildemente al pesebre, cerca del cual se hallaba sentada la Santa madre. La saludaron y al Niño también y arrodillándose cantaron muy bellos salmos, el “Gloria in Excelsis” y algunos cánticos muy cortos. Al despedirse, se inclinaron sobre el pesebre en ademán de abrazar al Niño Jesús. Durante toda la semana muchos pastores y otras buenas personas vinieron a la gruta y honraron al Niño Jesús con mucha devoción. La aparición de los ángeles a los pastores fue la causa de que todos estos buenos habitantes de los valles oyeran hablar del maravilloso Niño de la Promesa y vinieron a adorarle.

14

## “LA PURIFICACION DE LA MADRE Y LA PRESENTACION DEL NIÑO EN EL

## TEMPLO”

**Mater inviolata, ora pro nobis.**

A los ocho días, al Niño le hicieron la circuncisión como era de ley, los Reyes Magos vinieron a adorarle y a presentarle sus regalos. Ya en los últimos días y hoy mismo, vi que San José hacía diversos arreglos que anunciaban la próxima partida de la Santa Familia de la gruta del Pesebre.

Cada día disminuían sus muebles; dio a los pastores los objetos y demás cosas que habían hecho habitable la gruta y todo fue llevado por ellos. Como se acercaba el día en que la Sma. Virgen debía presentar al templo de Jerusalén a su primogénito y rescatarlo según las prescripciones de la Ley, se hicieron todos los preparativos para que la Santa Familia pudiese ir primero al templo y enseguida a Nazaret. El lunes al despuntar el día, la Santa Virgen montó en el asno que los viejos pastores habían traído enjaezado ante la caverna. José tuvo al Niño hasta que Ella se sentó cómodamente y entonces se lo entregó. María iba sentada en una jamuga y sus pies algo elevados descansaban sobre una tablita. Tenía en sus brazos al Niño envuelto en su gran velo y lo miraba con dulzura. No llevaban más que dos alfombras y dos paquetitos entre los cuales iba sentada María en el asno. Los pastores se despidieron de ellos tiernamente y los condujeron al camino. Los vi seguir lentamente la ruta que en realidad es muy corta entre Belén y Jerusalén.

La ofrenda de la Santa Virgen al templo iba en una canasta suspendida a un lado del asno. Esta canasta tenía tres divisiones, dos de las cuales estaban cubiertas y contenían frutas, la tercera formaba una jaula descubierta en la cual se veían palomas. Estando como a un cuarto de legua de Jerusalén, entraron en una casita habitada por dos ancianos esposos que los recibieron cariñosamente. La Santa Familia pasó todo el día allí y la Virgen permaneció casi todo el tiempo en un cuarto sola con el Niño que estaba sobre una alfombra. Se hallaba siempre en oración y parecía prepararse para la ceremonia que se iba a verificar. Después vi que la Santa Familia acompañada de sus hospederos, se dirigió al templo de Jerusalén con las canastas en que estaban las ofrendas. Entraron al principio a un patio rodeado de muros, contigua al lugar Santo, Mientras San José y su hospederos ponían al asno en un cobertizo, la Santa Virgen fue bondadosamente recibida por una anciana que la condujo más adelante por un pasaje abovedado.

Después fue llevada por la anciana a la presentación y allí la recibieron por la profetiza Ana; Simeón que había venido al encuentro de la Sma. Virgen, la condujo al lugar en que se hacía el rescate de los primogénitos. San José entregó

la canasta de las ofrendas a Ana , las palomas ocupaban la parte baja de la canasta y la superior iba cubierta de las frutas. Después San José se volvió por otra puerta al sitio de los hombres. Después Simeón se acercó a la Sma. Virgen que tenía en sus brazos al Niño Jesús envuelto en un lienzo azul claro y la condujo a lugar de las ofrendas donde puso al Infante en la cuna. En ése instante vi que el templo se llenaba de una luz que no puede ser igualada por otra alguna; vi que Dios estaba allí y que sobre el Infante se abrieron los cielos hasta el trono de la Santísima Trinidad. Simeón se llevó a la Virgen al lugar destinado a las mujeres; María llevaba un vestido azul celeste y un velo blanco y la rodeaba una ancha capa de color amarillento. Enseguida fue Simeón al altar fijo donde se hallaban los ornamento sacerdotales. El y otros tres sacerdotes se vistieron para la ceremonia; tenían en el brazo una especie de broquel o escudo y en la cabeza una especie de mitra. Uno de ellos estaba detrás de la mesa de las humildes y santas ofrendas y otro delante; los otros dos se hallaban en los lados y allí rezaban preces sobre el Infante. En esos momentos la profetiza Ana se acercó a María, le presentó la canasta de las ofrendas y la condujo delante del altar donde ella permaneció de pié. Simeón que estaba delante del ara, abrió la reja y llevó a María delante del altar y en éste, ella colocó su ofrenda. Las frutas fueron puestas en unos platos ovales y las monedas en otro plato; las palomas quedaron en la canasta. Simeón permaneció con María delante del altar de las ofrendas, el sacerdote que estaba detrás del altar tomó al Niño Jesús, lo elevó en el aire 15

presentándolo hacia diferente lados del templo y oró largo rato. Después dio a Simeón el Niño, quien lo puso en manos de María y leyó preces de un rollo que estaba junto a él sobre un pupitre.

Simeón llevó de nuevo a la Santa Virgen delante de la balaustrada, de donde Ana que la esperaba, la condujo al lugar de las mujeres. Allí habrían unas veinte que venían a presentar al templo a sus primogénitos. José y otros hombres, se hallaban más lejos, en el sitio donde se les había designado. Entonces los sacerdotes que estaban junto al altar, comenzaron una ceremonia con inciensaciones y preces; los que se hallaban en las sillas tuvieron parte en ella, haciendo algunos gestos, pero no exagerados como los judíos de hoy. Cuando ésta ceremonia se acabó, Simeón vino al sitio en que se encontraba María, recibió de ella al Niño Jesús, a quien tomó en sus brazos y lleno de festivo entusiasmo habló del Infante largo rato y en términos muy expresivos. Dio gracias a Dios por haber cumplido su promesa y entre otras cosas dijo: **“Ahora Señor, podéis enviar en paz a vuestro siervo, según vuestra palabra, porque mis ojos han visto vuestra salud, que preparaste a la faz de todos los**

**pueblos, luz que debe esclarecer a las naciones y glorificar vuestro pueblo de Israel".**

José se había acercado durante la presentación; lo mismo que María, oyó con respeto las palabras inspiradas de Simeón , quien bendijo a los dos y dijo a María: **"He aquí que éste Niño ha sido colocado para la caída y resurrección de muchos en Israel y como un signo de contradicción ; una espada atravesará tu alma, a fin de que sean conocidos los pensamientos de muchos corazones".** Cuando Simeón terminó su discurso, la profetiza Ana fue también inspirada y habló largo rato del Niño Jesús y llamó bienaventurada a su Madre. Vi que los asistentes escucharon todo esto con atención, pero sin que de ello resultase algún tumulto; tal parecía que los sacerdotes comprendieron algo de lo ya dicho. Todos dieron al Niño y a la Madre grandes muestras de respeto. María brillaba como una Rosa Celestial y enseguida fue llevada por Ana y Noemí al patio en que la habían recibido y se despidieron con cariño y afecto.

José se hallaba ya allí con sus dos hospederos; habían traído al asno en el cual debía de montar María con su Hijo y se retiraron pronto del santuario; atravesaron Jerusalén y se dirigieron a su hogar en Nazaret.

**"LA PERDIDA Y HALLAZGO DEL NIÑO JESUS EN EL TEMPLO POR SUS PADRES**

**AL TERCER DIA"**

**Mater amabilis, ora pro nobis.**

De vuelta del Destierro a Egipto, José no quería volver a Nazaret sino ir a establecerse en Belén, su patria; pero estaba indeciso porque había oído que en Judea reinaba Arquelao, que también era muy cruel. Ví que la Santa Familia llegó a Gaza y que allí se quedó tres meses. Un ángel se apareció a José de nuevo en sueños y le ordenó que fuese a Nazaret, lo que fue prontamente ejecutado. La vuelta de Egipto se verificó en septiembre cuando Jesús tenía ocho años menos tres semanas. Desde que la Santa Familia se estableció de nuevo en Nazaret, iba todos los años al templo de Jerusalén con ocasión de la Pascua. Desde los primeros viajes, el Niño Jesús llamó la atención de los amigos en cuyas casas se hospedaban sus padres y también la de los sacerdotes y doctores; a menudo se hablaba entre ellos de la piedad y de la inteligencia del Niño de José. Nuestro Señor, era pues conocido en Jerusalén; cuando teniendo doce años

fue al templo con sus padres y en compañía de otros parientes. En esta edad, Jesús era de talla esbelta, de tez blanca y su semblante, aunque algo pálido, daba indicio de buena salud. Tenía frente alta y despejada y sus largos cabellos de dorado subido, se le dividía por la mitad y le caían sobre los hombros. Vestía de ordinario con larga túnica de color gris obscuro, que le cubría los talones, con mangas harto anchas en la parte inferior. María y José se juntaban ordinariamente con sus compatriotas de Nazaret y sabían por experiencia que Jesús se hallaba casi siempre con sus compañeros de viaje. Pero ahora, al regresar a Nazaret, no lejos del Monte de los Olivos, Jesús se había separado de sus amigos, quienes juzgaron que lo haría para reunirse con sus padres que 16

venían atrás. Como se dirigiese a la ciudad por el lado de Belén, entró en la hostería en que su Madre había estado antes de la Purificación. José y María juzgaban pues que el Salvador iría delante con sus compañeros de Nazaret y éstos a su vez creían que vendría más atrás con sus padres. Cuando las dos cuadrillas se reunieron en Gofna, María y José se inquietaron grandemente de no hallar a Jesús. Al punto, retrocedieron , preguntando por él en todo el camino y buscándolo en Jerusalén. Inútiles fueron todas las indagaciones, pues Jesús no estaba en casa de ninguno de los conocidos, a donde era natural que hubiese ido. Jesús se había alojado en la posada de la puesta de Belén . Al otro día, reunió varios jóvenes y fue con ellos a visitar una escuela y otra al día siguiente. Al tercer día fue por la mañana a otra escuela vecina al templo y después al mediodía al templo mismo. Las preguntas y respuestas del Niño Jesús habían hasta tal punto sorprendido e irritado a los doctores y rabinos de las diferentes escuelas, que resolvieron al tercer día hacerlo interrogar públicamente en el templo después de mediodía por los célebres doctores, a fin de enredarle con cuestiones capciosas y de humillarlo por este medio. Vi a Nuestro Señor sentado en una gran cátedra que él no podía ocupar totalmente. A su alrededor, había muchos judíos ancianos, vestidos de sacerdotes que lo escuchaban con atención y estaban furiosos; temí que se atreviesen a algún acto de violencia. La sala era grande y la multitud se agrupaba confusamente. Dos horas hacía que el hablaba, cuando José y María se presentaron en el templo e interrogaron sobre aquello a levitas que ellos conocían. Como los dos esposos no podían entrar al lugar donde Jesús se hallaba, rogaron a los levitas que le dijeran que viniera a juntarse con ellos, pero El les hizo comprender que tenía qué terminar la instrucción que había comenzado. Esta respuesta contristó a la Santa Virgen; era la primera vez que Jesús les hacía comprender que debía ejecutar otras Ordenes que las suyas. Jesús siguió hablando todavía como una hora y cuando hubo confundido a todos sus adversarios, dejó la sala y vino a juntarse con sus padres en el atrio de Israel.

José admirado guardó silencio con humildad; mas la Virgen se acercó al Niño y le dijo: **“Hijo, ¿Porqué has hecho esto con nosotros?, tu padre y yo sumidos en el dolor, te buscábamos con empeño”.** Jesús les respondió en tono grave: **“¿Porqué me buscabais? ¿Ignoráis que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?”** , ellos no comprendieron estas palabras y procuraron salir de Jerusalén. Pronto vi que José, María y Jesús se alejaron del templo y se volvieron a Nazaret.

Dieciocho años más tarde, murió San José. Ntro. Señor tenía ya cerca de treinta años. San José se ocupaba de su oficio día a día y Jesús y María se hallaban siempre junto a él. Con frecuencia la Santa Virgen estaba al pié del lecho de su esposo, sentada en el suelo o sobre un asiento de madera. No los vi comer sino muy rara vez; los únicos alimentos de que tomaban o que ofrecían al enfermo eran unas galletas de pan blanco colocadas en un plato y algunas frutas; también daban de beber al enfermo con un cantarito. En el momento en que San José expiró, la Virgen lo tenía en sus brazos en la cabecera y Jesús estaba en la mitad de la cama. El cuarto se hallaba lleno de luces celestiales y habían muchos ángeles. Enseguida le cruzaron los brazos sobre el pecho, lo envolvieron en un sudario blanco y lo colocaron en un ataúd; después lo llevaron a un bello sepulcro dado por un hombre de bien. Jesús, María y algunas otras personas acompañaron el cadáver hasta la tumba. Este estaba resplandeciente de luz y ángeles en gran número acompañaron sus preciosos restos mortales..

## “REVELACIONES REFERIDAS A LOS MISTERIOS DOLOROSOS”

## “LA ORACION DE JESUS EN EL HUERTO”

**Regina Martyrum, ora pro nobis.**

Después de la muerte de San José, comenzó Jesús su vida pública, predicando el Santo Evangelio por los pueblos de Judea y Galilea. Terminada su Divina Misión, solo le faltaba 17

celebrar la última Pascua con sus Discípulos, en la que había de instituir el adorable

**“SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA”.**

Vi que mientras los apóstoles Pedro y Juan se ocupaban en Jerusalén en los preparativos de la Pascua, Jesús se había quedado en Betania, se despidió

tiernamente de su Madre. Vi al Señor hablar solo con Ella y decirle entre otras cosas que había enviado a Pedro y a Juan a preparar la Pascua y le descubrió el proyecto de Judas; la Virgen oró por este apóstol y rogó por él. Cuando el Señor anunció a su Madre lo que había de suceder, Ella pidió de la manera más tierna que la dejase morir con El; pero Jesús le pidió que tuviese resignación, le dijo también que resucitaría y el sitio donde se le aparecería. El Señor como Hijo tierno y piadoso, le dio las gracias por el Amor que le tenía y la estrechó contra su Corazón. Después que Jesús instituyó **El Adorable Sacramento del Altar,** salió del Cenáculo con sus once Apóstoles. Su Alma estaba turbada y su tristeza iba aumentando; condujo a los once a un sendero apartado en el valle de Josafat. En el momento en que estuvieron delante de la puerta del valle, ví levantarse sobre la montaña la luna que aún no estaba del todo llena. El jardín de los Olivos estaba separado del de Getsemaní por un camino . Llegados a éste lugar, Jesús dejó a ocho de sus Apóstoles y con los otros tres entró al Huerto de los Olivos. Poco después les dijo: **"Quedáos aquí, mientras yo voy a orar**", bajó un poco a su izquierda y se ocultó bajo un peñasco en una gruta de seis pies de profundidad. Al principio estaba arrodillado y oraba tranquilo; pero después su alma se horrorizó del aspecto de los crímenes innumerable de los hombres y de su ingratitud para con Dios y sintió un dolor tan vehemente que exclamó: **"Padre mío, si es posible aleja de mí éste cáliz",** pero luego se recogió y dijo**: "Hágase vuestra Voluntad y no la mía".**

Después de espantosas visiones y horribles padecimientos, Jesús se levantó cerca de las diez de la noche; sus rodillas se estremecían y apenas podían sostenerlo; su fisonomía estaba descompuesta, pálidos los labios y erizados los cabellos. Temblando, cayendo a cada paso, bañado de un sudor frío, fue a donde estaban sus tres Apóstoles Santiago, Simón Pedro y Juan y viéndolos dormidos, cayó junto a ellos y dijo: **"¿Simón, duermes?".** Despertáronse al punto, se levantaron y El añadió: **"¿No pudisteis velar una hora conmigo?";** como le vieron descompuesto, pálido, temblando, empapado de sudor y con la voz casi apagada, no supieron qué contestar y Juan le dijo: "Maestro ¿Qué tenéis? ¿Debo llamar a los demás Discípulos? ¿Debemos huir?"; Jesús le respondió: **"No llames a los otros ocho"** . El Señor en medio de su gran tristeza, habló todavía algunos minutos con los tres Apóstoles, les dio un encargo: **"Velad y orad para no caer en tentación, porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil"** y se volvi a la gruta. El se prosternó con el rostro en tierra y los brazos extendidos y en esa posición rogó que se hiciera la Voluntad del Padre Celestial y no la suya propia. Vinieron ángeles a mostrarle en una serie de visiones todos los dolores que había de padecer para expiar el pecado; la deuda del género humano debía ser

satisfecha por la Naturaleza Humana del Hijo de Dios, exenta de pecado. En ese momento, vi la Naturaleza Divina del Verbo en la persona del Padre y como retirada en su seno. Entonces vio Jesús los pecados y los escándalos de todos los siglos hasta el fin del mundo, la frialdad, corrupción y malicia de un gran número de cristianos; a muchos que al oír el nombre del Salvador, alzaban los hombros y meneaban la cabeza en señal de desprecio ; a otros que se burlaban de sus dolores y muerte, lo insultaban y renegaban de su Pasión y Sacramento. En estas pinturas dolorosas que sacaban delante del Alma de Jesús, vi que satanás le arrebataba muchos de sus hijos, rescatados con su Sangre y nutridos de su Divina Gracia, para arrastrarlos por el lodo de la corrupción y ahogarlos en el inmundo charco de los vicios. El Señor vio la fea ingratitud de los cristianos de todos los tiempos, y una indecible angustia oprimía su Corazón. Enseguida se presentaron ante los ojos de Jesús todas las apostasías que habría en la Iglesia y cuando satanás le dijo: "¿Quieres padecer por todos esos ingratos?"; la vergüenza y el dolor vinieron de golpe a sofocarlo y Jesús cayó abrumado sobre sus rodillas y su Voluntad Humana combatía con tal violencia contra la repugnancia de padecer tanto por hijos tan ingratos, que un sudor de sangre caía a gotas de su cuerpo sobre el suelo. En medio de tal congoja cruel, parecía tomar al Cielo y a la Tierra por testigos de sus horribles padecimientos, 18

miró alrededor como para hallar socorro y dio gritos dolorosos. Huyó fuera de la caverna hacia sus discípulos, pero su modo de andar era como el de un hombre acribillado de heridas y tropezaba a cada paso. Los tres Apóstoles tenían cubierta la cabeza , se habían sentado sobre las rodillas y quedados traspuestos y vencidos por la tristeza y la fatiga. Jesús temblando y gimiendo se acercó a ellos y se despertaron; cuando la luz de la luna hizo que lo vieran de pié delante de ellos con la cara pálida y ensangrentada, el cabello en desorden y los ojos desfallecidos, no le conocieron de pronto; pero al verlo juntar las manos, se levantaron, lo tomaron de los brazos y lo sostuvieron con amor. El les dijo con tristeza que lo prenderían dentro de una hora, que lo llevarían ante los tribunales, que sería maltratado, lo azotarían y le darían la muerte más cruel. Después rogó que consolasen a su Madre. Durante esta agonía de Jesús, vi a la Virgen Santísima llena de congoja y amargura en casa de María, Madre de Marcos. Muchas veces perdió el conocimiento, pues vio interiormente la Agonía de Jesús. Cuando Jesús quiso volver a la gruta, no tuvo fuerzas para andar, entonces Juan y Santiago lo llevaron y luego que entró en ella, regresaron a su sitio. Jesús continuó en Oración , luchando contra la repugnancia de su naturaleza humana y abandonándose a la Voluntad de su Padre. Enseguida los ángeles le mostraron todos los tormentos y los dolores de la Pasión que se le acercaba. Todo lo aceptó

voluntariamente y a todo se sometió por amor a los hombres. Vio y sintió también la amargura que actualmente afligía el Corazón de su Madre Santísima. Después de estas visiones de sus padecimientos, Jesús cayó sobre su rostro como un moribundo, los ángeles desaparecieron y el sudor de sangre brotó con tal abundancia que pasó sus vestidos. En la caverna reinaba la más profunda oscuridad y vi que un ángel bajaba hacia Jesús, era mayor que los que antes había yo visto y más parecido a un hombre. Estaba vestido con una larga toga adornada de franjas, que hacía que se pareciese a un sacerdote, y traía en las manos un pequeño Cáliz, en la boca del Cáliz se veía un pedacito de pan de forma oval y que esparcía una luz rojiza. El ángel extendió la mano derecha hacia Jesús, el cual se enderezó, le metió en la boca este alimento luminoso, le dio de beber en el Cáliz y desapareció. Habiendo Jesús aceptado libremente todos sus padecimientos y recibido nuevas fuerzas, aún se quedó algunos minutos más en la gruta dando gracias a su Padre Celestial.

Estaba afligido pero confortado hasta el punto de ir al sitio donde se hallaban los tres Apóstoles, sin caerse bajo el peso del dolor. Cuando llegó, los apóstoles se hallaban acostados como la primera vez, tenían la cabeza cubierta y dormían. El Señor les dijo que no era tiempo de dormir sino de orar y añadió: **“Ved aquí la hora en que el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores, levantáos y andemos; el traidor está cerca, más le valiera no haber nacido”.**

Los apóstoles se levantaron asustados mirando alrededor con inquietud. Cuando se serenaron un poco, Pedro con valor dijo: “Maestro, ¿Voy a llamar a los otros para defenderos?, pero Jesús les mostró a cierta distancia del valle una tropa de hombres armados que se acercaban con faroles y les dijo que uno de los apóstoles le había denunciado. Les habló todavía con serenidad, les recomendó que consolasen a su Madre y agregó:**“Vamos a su encuentro, me entregaré en manos de mis enemigos”.** Entonces salió del Jardín de los Olivos con los tres Apóstoles y vino a encontrar a los soldados en el camino entre el Jardín y Getsemaní. La tropa se componía del traidor Judas y de veinte soldados con espadas y algunos de ellos con bastones; iban seguidos de cuatro alguaciles y seis hombres más: dos fariseos, dos saduceos, un sacerdote y un adherido a Caifás. Jesús se acercó a la tropa y dijo en alta voz: **“¿A quién buscáis?”,** los soldados respondieron: “A Jesús Nazareno”, el Señor les replicó: **“Yo soy”.** Entonces los alguaciles ataron a Jesús con la crueldad de verdugos; eran paganos y parecían esclavos. Los esbirros maltrataban a Jesús de la manera más cruel para adular a los fariseos que manifestaban gran odio y rabia contra Jesús. El estaba descalzo y lo llevaban por terrenos ásperos y lo tiraban de las cuerdas con

todas sus fuerzas. Jesús apenas comenzaba su Pasión.

19

**“LA FLAGELACION DEL SEÑOR”**

“¿Qué desiáis pues que haga con Jesús que se llama Cristo?”, todos gritaron tumultuosamente:

“¡Que sea crucificado!”. En el momento en que el gobernador romano propuso a los judíos si querían que se diese libertad a Jesús o al mismo asesino Barrabás, María estaba temblando y llorando porque veía el gran empeño con que los fariseos y los príncipes de los sacerdotes procuraban que se condenase al Salvador. Aunque la Virgen sabía que la muerte de su Hijo era el único medio de salvación para los hombres, estaba llena de angustias y de deseos de librarlo del suplicio y sentía todos los dolores que puede sentir una madre. Así pues, oraba para que no se cometiera crimen tan enorme; pero a imitación de Jesús en la Oración del Huerto, se sometía completamente a la Voluntad del Padre Celestial.

Algunas esperanzas tenía de ver libre a su Hijo, porque en el pueblo corría la voz de que Pilato deseaba liberarlo. No lejos de la Virgen se divisaba también algunos grupos de gente de Cafarnaúm que Jesús había curado y enseñado; hacían como que no le conocían y miraban a escondidillas a las infelices mujeres cubiertas con velos. María creía y otros pensaban como ella, que a lo menos éstos rechazarían a Barrabás para salvar a su Bienhechor y Redentor. Se equivocaron. Todos pidieron a gritos la libertad de Barrabás y la Crucifixión de Jesús. El gobernador romano como medio de aplacar el furor popular condenó entonces a Jesús a ser azotado, para dejarlo después en libertad. Los alguaciles empujando y pegando al Señor con palos, lo condujeron en la plaza en la que se hallaba una columna como de dos varas y media de alto, que servía para azotar a los malhechores. Seis hombres condenados por sus crímenes a trabajos públicos, fueron los verdugos que con furia de demonios dieron de puñetazos a Jesús, lo ataron a la columna o sea, le ataron las manos en el anillo de hierro que la coronaba y los pies en la parte baja. Jesús temblaba delante de la columna; pero se quitó El mismo los vestidos con sus manos hinchadas y ensangrentadas. Mientras lo azotaban, oró del modo más tierno y volvió un instante la cabeza hacia su Madre, que permanecía en una esquina de la plaza, María entonces cayó sin conocimiento en brazos de las santas mujeres que la rodeaban. Después de un cuarto de hora, los verdugos fueron reemplazados por otros que tenían varas de

espino con nudos y puntas. Los golpes rasgaron el cuerpo de Jesús y su sangre saltó a alguna distancia y manchó los brazos de los verdugos. Jesús gemía, oraba y se estremecía. Después los nuevos sayones descargaron furiosos golpes al Señor hasta que todo su cuerpo era una llaga. El Salvador miraba a sus verdugos con los ojos llenos de sangre y parecía que les pedía misericordia, pero la rabia de ellos se redoblaba y los gemidos de Jesús se iban apagando. Entonces un extranjero corrió a la columna con un cuchillo corvo y gritó con tono de indignación: “¡Paráos!, no peguéis a éste inocente hasta hacerlo morir”. Los verdugos se pararon sorprendidos y el extranjero cortó rápidamente las cuerdas atadas detrás de la columna y se escondió entre la multitud. Jesús cayó sin conocimiento en el suelo bañado de su sangre. Durante la Flagelación de nuestro Divino Redentor, vi a la Sma. Virgen en un éxtasis contínuo. Ella vio y sufrió con un dolor indecible todo lo que su Hijo padecía. Muchas veces salían de su boca leves quejidos y sus ojos estaban bañados de lágrimas. Se hallaba cubierta con un velo y tendida en los brazos de María de Helí y de María de Cleofás. Las amigas de María y de Jesús, temblaban de dolor y de inquietud alrededor de la Virgen y lloraban como si esperasen la sentencia de muerte contra el Salvador.

Cuando Jesús cayó después de la Flagelación al pié de la columna, vi a Claudia Procla, mujer de Pilatos, enviar a la Madre de Dios, grandes piezas de tela. No sé si creía que Jesús sería libertado, como su esposo acababa de prometérselo y que su Madre necesitaría esta tela para curar sus llagas o si esa pagana compasiva sabía a qué uso destinaría la Virgen Santísima su regalo.

Mientras Jesús se hallaba tendido al pié de la columna, ví a un ángel darle de comer un objeto luminoso que le comunicó fuerzas. Habiendo vuelto en sí María, vio a su Hijo todo despedazado y conducido por los soldados, limpió sus ojos llenos de sangre para mirar a su Madre. Ella extendió sus brazos hacia El y siguió con su vista las sangrientas huellas de sus pies. Habiéndose 20

retirado el pueblo, María se acercó al sitio donde Jesús había sido azotado. Encubierta por las santas mujeres y otras bien intencionadas que la rodeaban, se bajó al suelo cerca de la columna y limpió por todas partes la sangre de Jesús con los lienzos que le había enviado Claudia Procla.

Enseguida se retiraron de la plaza y vi que con los lienzos ensangrentados entraban en una casita poco distante de no sé de quién era; Juan no estaba con ellas.

**“LA CORONACION DE ESPINAS”**

Estando todavía Jesús en el suelo, los soldados vinieron y le pegaron con palos y puntapiés diciéndole que se levantara. Lo pusieron de pié y sin darle tiempo de tomar su túnica, se la hecharon sobre sus hombros y con ella se limpió la sangre que le corría en su cuerpo. Luego lo llevaron al patio interior del cuerpo de guardia, donde actualmente no había soldados sino esclavos, sirvientes, alguaciles y otros de la hez del pueblo, para que allí fuese coronado de espinas; y al pasar enfrente de los príncipes de los sacerdotes, éstos gritaron: “¡Que muera! ¡Que muera el malvado!”. En medio del patio había una base de columna, sobre la cual, colocaron un banquillo muy bajo que cubrieron de agudas piedras. Quitaron a Jesús sus vestidos y le pusieron una vieja capa encarnada que apenas le llegaba a las rodillas; se la ponían a los criminales que eran azotados, sea para enjugarle la sangre de sus heridas, sea en señal de irrisión . Lo arrastraron al banquillo y lo sentaron brutalmente sobre los cascajos. Entonces le rodearon la cabeza con una corona hecha de varillas de espino bien trenzado y se la ataron fuertemente. Le pusieron en la mano una caña y practicaron todo eso con gravedad irrisoria como si realmente lo coronasen Rey; luego le quitaron la caña y con ella pegaron con tal violencia en la corona de espinas, que éstas traspasaron cruelmente las sienes del Salvador y sus ojos se inundaron de sangre. Entonces ante El se arrodillaron, le escupieron la cara y lo abofetearon diciéndole: “¡Salve, Rey de los Judíos!”. Con la capa roja, la corona de espinas en la cabeza y el cetro de caña en las manos atadas, fue conducido Jesús a Pilato. Estaba irreconocible a causa de la sangre que le cubrían los ojos, la cara y la barba. Cuando Jesús llego a la azotea, Pilato se acercó al balcón , tocaron la trompeta en señal de que quería hablar y dirigiéndose a los príncipes de los sacerdotes y a todo el pueblo, teniendo a su lado al Salvador y señalándolo con el dedo, les dijo: “¡He aquí al Hombre!, Os lo presento de nuevo para que sepáis que no hallo crimen en El!”, ellos gritaron con furia:

“¡Que muera!, ¡Que sea crucificado!”, Pilato repuso: “¿No os basta todavía?, ha sido tratado de manera que no le quedará ganas de pretender el trono”. Pero aquella turba insolente y violenta gritaba con mayor furia: “¡Que muera! ¡Que sea crucificado!” Algunos de los sacerdotes clamaron: “Tenemos una Ley según la cual debe morir, porque se ha llamado Hijo de Dios”.

Pilato desesperado, renunció al propósito de hablar más a favor de Jesús; la trompeta sonó para guardar silencio y Pilato condenó a Jesús a ser crucificado y mandó a traer la Cruz y me parece que rompió un palo largo y tiró los pedazos a

los pies de Jesús. La Sma. Virgen se había colocado en medio de la multitud para oír la sentencia de muerte de su Hijo y de su Dios.

Cuando Pilato dijo; “Condeno a Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos, a ser crucificado”. La Virgen cayó en tierra sin conocimiento, ahora no había duda que la muerte de su Hijo era cierta, la muerte más cruel y más ignominiosa . Juan y las mujeres se la llevaron para que los hombres que la rodeaban no insultaran su dolor y sus lágrimas.

**“EL MADERO DE LA CRUZ A CUESTAS”**

Cuando Pilato salió del tribunal, una parte de los soldados lo siguió y se formó delante del palacio, mientras una pequeña escolta se quedó con los reos. Veintiocho fariseos armados llegaron a caballo para acompañar a Jesús al suplicio; los alguaciles lo condujeron al medio de la plaza, adonde vinieron esclavos a echar la Cruz a sus pies. Jesús se arrodilló cerca de ella, la abrazó y la besó tres veces, dando gracias a su Padre por la Redención del Género Humano. En 21

éste momento trajeron los vestidos de que lo habían despojado en la coronación de espinas, pues creo que se acostumbraba entre los romanos devolver sus vestiduras a los reos antes de ejecutarlos. Me parece que alguna persona había lavado los de Jesús, pues no estaban tan sucios como antes. Los verdugos le desataron las lastimosas y sangrantes manos para vestirlo y entre injurias le quitaron bruscamente el manto purpúreo que cubrían los hombros, le colgaron del cuello su escapulario de lana y para ponerle la túnica fue menester arrancarle la corona de espinas con lo cual se le removieron las heridas y la sangre corrió en abundancia. Sobre la túnica le vistieron su ancha toga, su cinturón y su capa; en medio del cuerpo le apretaron un ancho ceñidor con las cuerdas de que lo tiraban y por último, le colocaron la Cruz en el hombro derecho.

Ataron después las manos a los dos ladrones y les pusieron sobre el pescuezo las piezas traveseras de sus cruces y las piezas grandes eran llevados por esclavos. La trompeta de Pilato dio la señal de marcha, porque el gobernador quería ponerse en persona al frente de un destacamento para impedir toda conmoción tumultuosa. Hallábase a caballo cubierto de sus armas y rodeado de sus oficiales y de tropas de caballería. Iba adelante una trompeta que tocaba en todas las esquinas y proclamaba la sentencia. Seguían muchos niños que llevaban cordeles, clavos, cuñas y cestas con diversos objetos y hombres que llevaban

palos, escaleras y las piezas principales de las cruces de los ladrones Luego venían algunos fariseos a caballo, un joven que llevaba sobre el pecho la inscripción que Pilato había dispuesto para la Cruz y otro que ostentaba en la punta de un palo la corona de espinas que no habían querido dejarle sobre la cabeza mientras cargaba el madero del suplicio. Tras ellos venía Ntro. Señor con los pies desnudos y ensangrentados, oprimido bajo el peso de la cruz; con la mano derecha la sostenía sobre el hombro y con la izquierda se esforzaba en levantar su largo vestido en el cual tropezaba y se enredaban sus pies despedazados. Los cordeles les habían desollado las muñecas, su cara estaba ensangrentada y entumecida, sus cabellos ceñidos de sangre y las cuerdas con que le ceñían la cintura le apretaban de tal modo el vestido que se le pegaban las llagas del cuerpo y al moverse se abrían dolorosamente. Detrás de Jesús iban los dos ladrones llevados también con cuerdas y por último cerraba la marcha un gran número de fariseos a caballo. El Salvador era conducido por una calle estrecha que daba un rodeo a fin de no estorbar a las personas que iban al templo. Esa calle cerca de su fin torcía a la izquierda, se ensanchaba y elevaba un poco; antes de la cima había una grieta llena de agua sobre la cual habían puesto una gran piedra para paralizar el paso. Cuando Jesús llegó a ese sitio, ya no podía andar y como los sayones tiraban de El y lo empujaban sin misericordia, cayó a lo largo junto a la piedra y la Cruz quedó a su lado. Sus enemigos lo maldecían, lo tiraban de los brazos y le daban puntapiés. Jesús alzó la cabeza y aquellos hombres malvados en vez de aliviarlo en sus tormentos, le pusieron la corona de espinas, le cargaron con la Cruz y siguieron la marcha ascendente por el ribazo. La Dolorosa Madre de Jesús, acompañada de Juan y de algunas mujeres había salido de la plaza después de la sentencia, pero cuando el sonido de la trompeta, el bullicio del pueblo y la escolta de Pilato anunciaron la marcha para el Calvario, no pudo resistir al deseo de ver otra vez a su Divino Hijo y pidió a Juan que la condujese a uno de los sitios por donde había de pasar El. Se fueron a un palacio cuya puerta daba a la calle en que entró la escolta, después de la primera caída de Jesús. Juan obtuvo de un criado compasivo el permiso de ponerse en la puerta con María. Ella estaba pálida, con los ojos llenos de lágrimas, cubierta enteramente por una capa parda azulada. Se oía ya el confuso estrépito de la multitud que se acercaba, el sonido de la trompeta y la voz del pregonero que publicaba la sentencia en las esquinas. El criado abrió la puerta, el ruido era cada vez más fuerte y espantoso. María corrió y oró, dijo a Juan: **"¿Debo de ver este espectáculo o retirarme? ¿Cómo podré soportarlo?".** Al fin salieron a la puerta y María se paró y miró, la escolta estaba a ochenta pasos, no había gente delante sino por los lados y detrás. Cuando los que llevaban los instrumentos del suplicio se acercaron con traza

desvergonzada y arrogante, la Madre de Jesús juntando las manos se puso a temblar y gemir. Uno de aquellos hombres preguntó: “¿Quién es esa mujer que se lamenta?”, es la Madre del Galileo, respondieron; y esos miserables llenaron de injuria a la afligida Madre, la señalaron con desprecio con el dedo y uno de ellos tomando en sus manos los clavos con que 22

fijarán al Señor en la Cruz, tuvo la cruel osadía de presentárselos a la Virgen. Entonces Ella miró a Jesús que se hallaba ya cerca y se agarró de la puerta para no caerse, pálida como un cadáver y con los labios azules. Pasaron los fariseos a caballo y detrás venía su Santísimo Hijo temblando, doblado bajo la pesada Cruz e inclinada sobre su hombro la cabeza coronada de espinas. Dirigió a su Madre una mirada compasiva y habiendo tropezado, cayó por segunda vez sobre sus rodillas y sobre sus manos. María, por la violencia del dolor, no vio ni soldados ni verdugos, sino solo a su querido Hijo, y desde la puerta de la casa, se precipitó en medio de los soldados que maltrataban a Jesús, cayó de rodillas a su lado y se abrazó con El. Yo oí estas palabras: “¡Hijo Mío! ¡Madre Mía!”, pero no sé si fueron pronunciadas o si estuvieron solo en el pensamiento.

Hubo un rato de desorden, Juan y las santas mujeres querían levantar a María; los alguaciles la insultaron y uno de ellos tuvo hasta la osadía de decirle: “Mujer, ¿Qué vienes hacer aquí?, si lo hubieras educado mejor, no estaría ahora en nuestras manos”. Algunos soldados tuvieron compasión, pensando quizá en sus propias madres, pero la sacaron de allí, ningún alguacil la tocó. Juan y las santas mujeres rodearon a la Virgen, la cual cayó como muerta sobre sus rodillas encima de la piedra angular de la puerta. Los discípulos que estaban con la Madre de Jesús se la llevaron al interior de la casa y cerraron la puerta. Los verdugos levantaron a Jesús y más adelante en una plaza de la cual salen tres calle, al pasar sobre una gruesa piedra, cayó por tercera vez y no se pudo levantar. Algunas personas que iban al templo exclamaron llenas de compasión:

“¡El pobre hombre se muere!” . Hubo algún tumulto y no podían poner a Jesús en pié y los fariseos dijeron a los soldados: “No podrá llegar vivo al Calvario para ser crucificado si no buscáis a un hombre que le ayude a llevar la Cruz” . A poca distancia vieron un extranjero llamado Simón el cireneo y lo tomaron a que compartiese a llevar con el Señor la conducción del pesado madero.Simón sentía repugnancia y disgusto a causa del triste estado en que se hallaba Jesús, pero como el Salvador lloraba y lo miraba con ternura, Simón lo ayudó a levantarse y luego los alguaciles le ataron sobre el hombro uno de los extremos del madero de la Cruz. En el sitio en que el camino tuerce hacia el sur, cayó Jesús otra vez.

Los sayones lo empujaron y le pegaron más brutalmente que nunca y después llegó a la roca del Calvario donde acaeció la última caída. Simón el cireneo estaba lleno de indignación y de piedad, había querido no separarse de Jesús para continuar prestándole algún alivio pero, los alguaciles lo insultaron obligándole a retirarse; al punto se reunió con los Discípulos del Salvador. El deseo ardiente se estar con su Hijo, dio fuerzas a María para abandonar el retiro de la casa y seguir al Señor. Se fue a casa de Lázaro donde estaban las otras santas mujeres y diecisiete de ellas acompañaron a la Virgen. Cubiertas con sus velos, fueron a la plaza y sin cuidarse de las injurias del pueblo, besaron el suelo donde el Señor había pasado con la Cruz. Siguiendo al Señor, se dirigieron al Monte Calvario por el occidente por donde la subida era más cómoda. La Madre de Jesús, María de Cleofás, Salomé y Juan se acercaron hasta el llano circular encima del Monte. Marta, Magdalena, María de Helí y María, madre de Marcos, se detuvieron a cierta distancia.

**“LA CRUCIFIXION, MUERTE Y SEPULTURA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO”**

Los sayones quitaron al Señor la capa y la toga de lana blanca y como la corona de espinas estorbaba para sacarle la túnica sin costuras, se la arrancaron violentamente de la cabeza, renovándole todas sus heridas. No le quedaba mas que el escapulario corto de lana y un lienzo ya manchado que le rodeaba el cuerpo cerca de la cintura. Principiaron ya a desprender el lienzo para que el Salvador quedase completamente desnudo a vista de todo el pueblo, cuando la Sma. Virgen empezó a gemir y suspirar, dirigiendo al cielo una petición ardiente y aún tuvo el impulso de arrancarse el velo de su cabeza y llevarlo a su Hijo para que se cubriera. Dios escuchó la Oración de la Madre afligida y satisfizo de otro modo sus santos deseos. De improviso aparece un hombre que corre presuroso, rompe por entre la compacta multitud, se aproxima a los verdugos, los aparta bruscamente, los amenaza con los puños y les grita: “¡En 23

nombre de Dios Todopoderoso! ¡Desdichados de vosotros, si añadís ese ultraje a los anteriores!”; presenta a Jesús el lienzo que lleva en las manos y el Señor le dá las gracias afectuosamente y con este lienzo se ciñe los riñones. El Divino Redentor estaba cubierto de heridas y los verdugos lo sentaron en una piedra, le pusieron la corona de espinas en la cabeza y le ofrecieron un vaso de hiel y vinagre, mas el Señor rehusó beberlo y volvió la cara sin decir palabra.

Enseguida lo extendieron sobre la Cruz, ataron fuertemente su brazo derecho

sobre ella y con un largo y grueso clavo le traspasaron la mano. Un gemido claro y suave salió del pecho de Jesús y la sangre saltó sobre los brazos de los verdugos. Como por haberse encogido el cuerpo, la mano izquierda no llegaba al agujero que habían abierto de antemano en la Cruz, tiraron el brazo con gran fuerza y se la clavaron. De igual modo, tiraron con cuerdas los pies del Señor hasta dislocarle los huesos y con un clavo más largo, le atravesaron los dos pies y el trozo de madera en que descansaban. Después elevaron con cuerdas la Cruz mientras otros empujaban el pié de ella hasta el hoyo en que se hundió con un estremecimiento espantoso. Jesús dio un grito doloroso, sus heridas se abrieron y la sangre corrió en abundancia. Eran las doce y media y el sol se obscureció, las tinieblas se esparcían por toda la Tierra hasta las tres de la tarde. Mientras en la Crucifixión se oían los lamentos de Jesús en medio de los martillazos, la Virgen Santísima sentía todos los dolores de su Hijo; estaba pálida y salían continuos gemidos de su pecho maternal; cuando Jesús dijo al buen ladrón:**“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”,** María se hallaba cerca de la Cruz mirando al Salvador; Ella le pedía interiormente que la dejase morir con El, pero Jesús la miró con inefable ternura y señalando con los ojos a Juan le dijo**: “Esta es tu Madre”.** Juan besó con respeto el pié de la Cruz del Redentor agonizante y también a la Madre de Jesús que también se convertía en su propia Madre. Mas la Virgen se sintió tan desfallecida al oír éstas últimas disposiciones de su Hijo, que cayó casi exánime en los brazos de las santas mujeres. Mientras tanto la hora tremenda, angustiosa, dolorosa y salvadora de Jesús había llegado y un sudor frío cubría todos sus miembros; la Madre se hallaba de pié cerca de la Cruz entre Jesús y el buen ladrón, viendo morir a su inocentísimo Hijo. Entonces dijo Jesús: **“Todo está consumado”.** Alzó después la cabeza y dijo en voz alta: **“Padre mío, en tus manos encomiendo mi Espíritu”.** Fue un grito suave y agudo que penetró el Cielo y la Tierra; luego inclinó la cabeza y expiró. Ví su Alma como una figura luminosa entrar en la tierra al pié de la Cruz; Juan y las santas mujeres cayeron de cara al suelo y después, se llevaron a la Virgen a poca distancia de la Cruz. Cuando después de la muerte del Salvador, el eclipse de sol y el temblor de la tierra esparcieron el terror y el espanto; el pueblo huyó presuroso del Gólgota. María estaba enfrente de la Cruz cubierta la cabeza y llorando. Pronto llegaron seis alguaciles encargados de quebrar las piernas a los crucificados. Habiendo quebrantado a fuerza de martillazos las de los ladrones aún vivos todavía y que gritaban horriblemente, la Virgen Santísima temía que viniesen a romper el cuerpo de su Divino Hijo. Casio, segundo jefe de la tropa que custodiaba el Calvario, queriendo probar a los alguaciles que Jesús estaba muerto, para que no le quebrasen los huesos, puso su caballo entre la Cruz de Jesús y la del buen ladrón y con su lanza traspasó el costado derecho del

salvador de donde salió sangre y agua que mojaron la cara del prudente militar. La Virgen Santísima cuyos ojos estaban siempre fijos en Jesús, vio con inquietud la acción del oficial romano y se arrojó sobre la Cruz prorrumpiendo en sollozos y gemidos.

Ella cayó en los brazos de las santas mujeres como si la lanza hubiese traspasado su propio corazón. Mientras tanto. Casio alababa de rodillas a Dios, pues sus ojos enfermos habían sido milagrosamente curados y su alma llena de luz y de gracia se había convertido al Señor. Todos estaban conmovidos a la vista de la sangre del Redentor; María, ayudada de Casio, Juan y las santas mujeres, recogió la sangre y el agua en frascos y limpió el suelo con paños. Después de haber dado Pilato la orden de romper las piernas de los crucificados, vino a verlo José de Arimatea. Lo halló muy agitado y le pidió el cuerpo de Jesús para enterrarlo en un sepulcro nuevo que había cavado en la roca. Pilato mandó que se le entregase a José el cuerpo del 24

salvador y envió un agente al Calvario para que se ejecutase la orden. Así que llegó el centurión Abenadar que también se había convertido al Señor y comenzaron la obra del descenso de la Cruz y embalsamamiento del cuerpo. La Virgen Santísima y Magdalena estaban al pié de la Cruz, a la derecha entre la Cruz de Jesús y la de Dimas; las otras mujeres acompañantes, se ocupaban de preparar los paños, aromas, el agua, las esponjas y los vasos. Nicodemus y José de Arimatea , pusieron las escaleras detrás de la Cruz, subieron con una sábana, ataron con correas el cuerpo a la Cruz por debajo de los brazos y de las rodillas; mientras José sacaba el clavo izquierdo y Nicodemus el derecho, Abenadar arrancaba con esfuerzo el gran clavo de los pies. Casio recogió religiosamente los clavos y los puso a los pies de la Sma. Virgen. Cuando hubieron bajado el Santo Cuerpo, lo envolvieron y lo pusieron en los brazos de María. La madre afligida estaba sentada en un cobertor extendido en el suelo, su rodilla derecha un poco levantada y su espalda apoyada en unas capas reunidas. El Cuerpo de Jesús estaba tendido sobre la sábana y la cabeza descansaba sobre la rodilla derecha de su Madre. Esta contemplaba las heridas de su Inocente Hijo y besaba su cara ensangrentada . Luego comenzó la Virgen a lavar el cuerpo de su Hijo de la sangre y manchas que lo afeaban. Con la mayor precaución sacó la corona de espinas, abriéndola por detrás y cortando una por una las espinas clavadas en su cabeza; pusieron la corona junto a los clavos. Con una especie de tenazas redondas, Ella extrajo las espinas que se habían quedado en las heridas y fueron colocadas también junto a la corona. Pasó esponjas mojadas sobre su barba y sus cabellos pegados por la sangre, lavó las llagas de su cabeza y la cara; con una

esponja y un pañito extendido sobre los dedos de la mano derecha, partió y arregló el cabello y luego cubrió el Santo Rostro después de haberlo besado y enseguida lavó todo el Sagrado Cuerpo. Magdalena y las otras mujeres, ayudaron a la Madre en tan piadosa obra.

Lavado el Cuerpo, la Virgen se ocupó de embalsamarlo y las santas mujeres arrodillándose delante de María, le presentaban una caja de la cual cogían un ungüento precioso con que untaban las heridas. Ungió también el cabello, tomó en su mano izquierda las manos de Jesús y las besó con respeto; llenó de ungüento y de aromas los agujeros de los clavos, las orejas, fosas nasales y llaga del costado. Magdalena embalsamaba los pies del Salvador, los regaba con sus lágrimas y los limpiaba con su rostro. Cuando la Sma. Virgen hubo ungido todas las heridas, envolvió la cabeza con paños, mas todavía no le cubrió la cara. Cerró los ojos entreabiertos se su Querido Hijo e hizo reposar su mano sobre ellos por algún tiempo. Cerró también la boca, abrazó el Sagrado Cuerpo y dejó caer su cara sobre la de Jesús. José y Nicodemus esperaban desde un rato cuando Juan se acercó a la Virgen y le pidió que le diera el Cuerpo de su Hijo para sepultarlo, porque se aproximaba el sábado. La Dolorosa Madre abrazó otra vez el Sagrado Cuerpo de su Hijo Jesús y se despidió de El con términos muy tiernos. La puerta del Sepulcro fue cerrada con una gran piedra plana; hombres y mujeres se volvieron a Jerusalén por la pequeña puerta situada cerca del Jardín que no estaba abierta para el público.

**“MUERTE DE LA SANTISIMA VIRGEN”**

**Vas spirituale, ora pro nobis.**

Por último, Sor Ana Catalina Emmerich refirió lo siguiente: Después de la Muerte, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor, María vivió algunos años en Jerusalén, tres en Betania y nueve en Efeso. En esta última ciudad, la Virgen habitaba sola y con una mujer más joven que la servía y que iba a buscar los escasos alimentos que necesitaban. Vivían en el silencio y en una paz profunda. No había hombres en la casa y a veces algún discípulo que andaba de viaje, venía a visitarla. Ví entrar y salir frecuentemente a un hombre, que siempre he creído que era San Juan; mas ni en Jerusalén ni en Efeso demoraba mucho en la vecindad; iba y venía. La Sma. Virgen se hallaba más silenciosa y ensimismada en los últimos años de su vida; ya casi no tomaba alimento, parecía que solo su cuerpo estaba en la Tierra y que su Espíritu se hallaba en otra parte. Después 25

de la Ascensión de Jesús todo su ser expresaba un anhelo siempre creciente y que la consumía más y más. En cierta ocasión Juan y la Virgen se retiraron al Oratorio, ésta tiró un cordón y el Tabernáculo giró y se mostró la Cruz; después de haber orado los dos cierto tiempo de rodillas, Juan se levantó, extrajo de su pecho una caja de metal, la abrió por un lado, tomó un envoltorio de lana finísima sin teñir y de éste un lienzo blanco doblado y sacó el Santísimo Sacramento en forma de una partícula blanca cuadrada. Enseguida pronunció ciertas palabras en tono grave y solemne, entonces dio la Eucaristía a la Santa Virgen. A alguna distancia detrás de la casa, en el camino que lleva a la cumbre de la montaña, la Santa Virgen había dispuesto una especie de Camino de la Cruz o Vía Crucis. Cuando habitaba en Jerusalén, jamás había cesado de andar la Vía Dolorosa y de regar con sus lágrimas los sitios donde El había sufrido. Tenía medido paso por paso todos los intervalos y su amor se alimentaba con la contemplación incesante de aquella marcha tan penosa. Poco tiempo después de llegar a Efeso, la vi a entregarse diariamente a meditar la Pasión, siguiendo el camino que iba a la cúspide de la montaña. Al principio hacía sola esta marcha y según el número de pasos tantas veces contados por Ella, medía las distancias entre los diversos lugares en que se había verificado algún especial incidente de la Pasión del Salvador. En cada uno de los sitios, erigía una piedra o si se encontraba allí un árbol, hacía en él una señal. El camino conducía a un bosque donde un montecillo representaba el Calvario, lugar del sacrificio y una pequeña gruta el Santo Sepulcro. Cuando María hubo dividido en doce Estaciones el Camino de la Cruz, lo recorrió con su sirvienta sumida en contemplación. Se paraba en cada lugar que recordaba un episodio de la Pasión, meditaba sobre él, daba gracias al Señor por su amor y la Virgen derramaba lágrimas de compasión. Después de tres años de residencia en Efeso, María tuvo gran deseo de volver a Jerusalén ; la acompañaron Juan y Pedro y creo que muchos apóstoles se hallaban allí reunidos. A la llegada de María y de los apóstoles en Jerusalén, los vi que antes de entrar en la ciudad, visitaron el Huerto de los Olivos, el Monte Calvario, el Santo Sepulcro y todos los Santos Lugares en torno a Jerusalén. La madre de Dios se hallaba tan enternecida y llena de compasión , que apenas podía ponerse de pié, Juan y Pedro la conducían sosteniéndola de los brazos. Pasado algún tiempo, María regresó a su morada de Efeso en compañía de San Juan. A pesar de su avanzada edad, la Santa Virgen no manifestaba otras señales de vejez que la expresión del ardiente deseo que la consumía y la impulsaba en cierto modo a su transfiguración. Tenía una gravedad inefable, jamás la vi reírse, únicamente sonreírse con cierto aire arrebatador. Mientras más avanzada en años, su rostro se ponía más blanco y diáfano. Estaba flaca pero sin arrugas, ni otro signo de decrepitud, había llegado a ser un puro Espíritu. Por último llegó

para la Madre de Jesús, la hora de abandonar este mundo y unirse a su Divino Hijo. En su alcoba encortinada de blanco, la vi tendida sobre una cama baja y estrecha; su cabeza reposaba sobre un cojín redondo . Se hallaba pálida y devorada por un deseo vehemente. Un largo lienzo cubría su cabeza y todo su cuerpo, y encima había un cobertor de lana obscura. Pasado algún tiempo, vi también mucha tristeza e inquietud en casa de la Santa Virgen. La sirvienta estaba en extremo afligida, se arrodillaba con frecuencia en diversos lugares de la casa y oraba con los brazos extendidos y sus ojos inundados de lágrimas. La Santa Virgen reposaba tranquila en su tabuco , parecía ya llegado el momento de su muerte. Estaba envuelta en un vestido de noche y su velo se hallaba recogido en cuadro sobre su frente, solo lo bajaba sobre su rostro cuando hablaba con los hombres. Nada le vi tomar en los últimos días, sino de tiempo en tiempo una cucharada de un jugo que la sirvienta exprimía de ciertas frutas amarillas dispuestas en racimos. Cuando la Virgen conoció que se acercaba la hora, quiso conforme a la Voluntad de Dios, bendecir a los que se hallaban presentes y despedirse de ellos. Su dormitorio estaba descubierto y Ella se sentó en la cama, su rostro se mostraba blanco, resplandeciente y como enteramente iluminado. Todos los amigos asistentes se hallaban en la parte anterior de la sala. Primero entraron los Apóstoles, se aproximaron uno en pos del otro al dormitorio de María y se arrodillaron junto a su cama. Ella bendijo a cada uno de ellos, cruzando las manos sobre sus cabezas y tocándoles ligeramente las frentes. A todos habló e hizo cuanto Jesús le hubo ordenado. Ella habló a Juan de las disposiciones que debería de 26

tomar para su sepultura, y le encargó que diese sus vestidos a su sirvienta y a otra mujer pobre que solía venir a servirla. Tras de los Apóstoles, se acercaron los discípulos al lecho de María y recibieron de ésta su bendición , lo mismo hicieron las mujeres. Vi que una de ellas se inclinó sobre María y que la Virgen la abrazó. Los Apóstoles habían formado un altar en el Oratorio que estaba cerca del lecho de Santa Virgen. La sirvienta había traído una mesa cubierta de blanco y de rojo, sobre la cual brillaban lámparas y cirios encendidos. María, pálida y silenciosa , miraba fijamente el cielo, a nadie hablaba y parecía arrobada en éxtasis. Estaba iluminada por el deseo, yo también me sentí impelida de aquel anhelo que la sacaba de sí. ¡Ah! Mi corazón quería volar a Dios juntamente con el de Ella. Pedro se acercó a Ella y le administró la Extremaunción, poco mas o menos como se hace en el presente, enseguida le presentó el Santísimo Sacramento. La Madre de Dios se enderezó para recibirlo y después cayó sobre su almohada. Los Apóstoles oraron por algún tiempo, María se volvió a enderezar y recibió la sangre del Cáliz que le presentó Juan. En el momento en

que la Virgen recibió la Sagrada Eucaristía, vi que una luz resplandeciente entraba en Ella y que la sumergía en éxtasis profundo.

El rostro de María estaba fresco y risueño como en su edad florida. Sus ojos llenos de alegría miraban al Cielo. Entonces vi un cuadro conmovedor; el techo de la alcoba de María había desaparecido y atravéz del cielo abierto, vi la Jerusalén Celestial. De allí bajaban dos nubes brillantes en la que se veían innumerables ángeles, entre los cuales llegaban hasta la Sma. Virgen una vía luminosa. La Santa Virgen extendió los brazos hacia ella con un deseo inmenso, y su cuerpo elevado en el aire, se mecía sobre la cama de manera que se divisaba espacio entre el cuerpo y el lecho. Desde María vi algo como una montaña esplendorosa elevarse hasta la Jerusalén Celestial; creo que era su Alma porque vi más claro entonces una figura brillante infinitamente pura que salía de su cuerpo y se elevaba por la Vía Luminosa que iba hasta el Cielo. Los dos coros de ángeles que estaban en las nubes, se reunieron mas abajo de su Alma y la separaron de su cuerpo, el cual en el momento de la separación, cayó sobre la cama con los brazos cruzados sobre el pecho. Mis abiertos ojos que seguían el Alma purísima e inmaculada de María, la vieron entrar en la Jerusalén Celestial y llegar al Trono de la Santísima Trinidad. Vi un gran número de almas entre las cuales reconocí a los Santos Joaquín y Ana, José, Isabel, Zacarías y Juan Bautista venir al encuentro de María con un júbilo respetuoso. Ella tomó su vuelo al través de ellos hasta el Trono de Dios y de su Hijo, quien haciendo brillar sobre todo lo demás la Luz que salía de sus llagas, la recibió con un Amor todo Divino, la presentó como un cetro y le mostró la Tierra bajo sus pies como si confiriese sobre Ella algún Poder Celestial.

Así la vi entrar en la Gloria y olvidé todo lo que pasaba en torno de María sobre la Tierra.

Después de ésta visión , cuando miré otra vez a la Tierra, vi resplandeciente el cuerpo de la Sma.

Virgen. Reposaba sobre el lecho, con el rostro luminoso, los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre su pecho. Los Apóstoles, discípulos y santas mujeres, estaban arrodillados y oraban en derredor del cuerpo. Después vi que las santas mujeres extendieron un lienzo sobre el Santo Cuerpo y los Apóstoles con los discípulos se retiraron en la parte anterior de la casa. Las mujeres se cubrieron con sus vestidos y sus velos, se sentaron en el suelo y ya arrodilladas o sentadas, cantaban fúnebres lamentaciones. Los Apóstoles y los discípulos se taparon la

cabeza con la banda de tela que llevaban alrededor del cuello y celebraron un oficio funerario; dos de ellos oraban siempre alternativamente a la cabeza y a los pies del Santo Cuerpo. Luego las mujeres quitaron de la cama el Santo Cuerpo con todos sus vestidos y lo pusieron en una larga canasta llena de gruesas coberturas y de esteras, de suerte que estaba como levantado sobre la canasta. Entonces dos de ellas pusieron un gran paño extendido sobre el cuerpo y otras dos la desnudaron bajo el lienzo, dejándole solo su larga túnica de lana. Cortaron también los bellos bucles de los cabellos de la Santa Virgen y los conservaron como recuerdo. Enseguida el santo Cuerpo fue revestido de un nuevo ropaje abierto y después por medio de lienzos puestos debajo, fue depositado respetuosamente sobre una mesa y sobre la cual se habían colocado ya los paños mortuorios y las bandas que se debían de usar. Envolvieron entonces el Santo Cuerpo con los lienzos desde los tobillos hasta el pecho y lo apretaron fuertemente con las fajas. La cabeza, las 27

manos y los pies, no fueron envueltos de esa manera; enseguida depositaron el Cuerpo Santo en el ataúd y lo colocaron sobre el pecho una Corona de flores blancas, encarnadas y celestes como emblema de su Virginidad. Entonces los Apóstoles, los discípulos y todos los asistentes, entraron para ver otra vez antes de ser cubierto el Santo Rostro que les era tan amado. Se arrodillaron y lloraron alrededor del Santo Cuerpo,, todos tocaron las manos atadas de Nuestra Madre Maria como para despedirse y se retiraron. Las mujeres le dieron también los últimos adioses, le cubrieron el rostro, pusieron la tapa en el ataúd y le clavaron fajas de tela gris en el centro y en las extremidades. Enseguida colocaron el ataúd en unas andas, Pedro y Juan lo condujeron en hombros fuera de la casa. Creo que se relevaban sucesivamente, porque más tarde vi que el féretro era llevado por seis Apóstoles. Llegados a la sepultura, pusieron el Santo Cuerpo en tierra y cuatro de ellos, lo llevaron a la caverna y lo depositaron en la excavación que debía de servirle de lecho sepulcral. Todos los asistentes entraron allí uno por uno, esparcieron aromas y flores en contorno, se arrodillaron orando y vertiendo lágrimas y luego se retiraron.

**“LA ASUNCION DE LA VIRGEN MARIA EN CUERPO Y ALMA AL CIELO”** Por la noche muchos Apóstoles y santas mujeres, oraban y cantaban cánticos en el jardincito delante de la tumba. Entonces me fue mostrado un cuadro maravillosamente conmovedor: Vi que una muy ancha vía luminosa bajaba del cielo hacia el sepulcro y que allí se movía un resplandor formado de tres esferas llenas de ángeles y de almas bienaventuradas que rodeaban a Nuestro Señor y el Alma resplandeciente de María. La figura de Jesucristo con sus rayos

que salían de sus cicatrices, ondeaban delante de la Virgen. En torno del Alma de María, vi en la esfera interior, pequeñas figuras de niños, en la segunda, había niños como de seis años y en la tercera exterior, adolescentes o jóvenes ; no vi distintamente más que sus rostros; todo lo demás se me presentó como figuras luminosas resplandecientes. Cuando ésta visión que se me hacía cada vez más y más distinta hubo llegado a la tumba, vi una vía luminosa que se extendía desde allí hasta la Jerusalén Celestial. Entonces el Alma de la Santísima Virgen que seguía a Jesús, descendió a la tumba atravéz de la roca y luego uniéndose a su Cuerpo que se había transfigurado, clara y brillante se elevó María acompañado de su Divino Hijo y el coro de los Espíritus Bienaventurados hacia la Celestial Jerusalén. Toda esa Luz se perdió allí, ya no vi sobre la Tierra más que la bóveda silenciosa del estrellado Cielo.

Aquí termina las “REVELACIONES” que vio y oyó Sor Ana Catalina Emmerich. Un alma estigmatizada y favorecida de Dios que fue transportada en éxtasis para luego darnos a conocer sus “Experiencias Celestiales” .

**UNA TRADICIÓN APOSTOLICA SOBRE**

**“LA ASUNCION” DE MARIA SANTISIMA**.

Como Santo Tomás no llegó a tiempo a despedirse de la Madre y tampoco pudo asistir al Santo Entierro; él tenía en su mente y corazón, llegar a tiempo. Pero al enterarse del desenlace por medio de los demás Apóstoles, él se puso triste y lloroso y se lamentaba no haber llegado a tiempo. El, interiormente tenía el deseo vehemente de verla por última vez y así se los hizo saber a los demás. Ya habían pasado varios días de lo del entierro; todos querían volver al Sepulcro y acceder a la petición de Tomás. Tomaron una resolución y al día siguiente muy de mañana, emprendieron el camino al Sepulcro de Nuestra Santa Madre. Estando enfrente del Sepulcro, quitaron la piedra-sello de la entrada y ¡Oh! Maravilla de Maravillas, de la bóveda salía un suave aroma de perfume de Rosas frescas; todos al sentir ese perfume, se sintieron conmovidos y perplejos; se miraron unos a otros preguntándose en silencio, con la mirada y con señas en las manos: “¿Entramos?” y aún mirándose entre ellos, todos asintieron con la cabeza y traspasando la 28

bóveda, entraron al Santo Sepulcro hacia el sitio donde depositaron el ataúd que contenía el Cuerpo Santísimo de la Virgen María y más enorme fue la emoción y sorpresa entre ellos al ver que en el sitio solo habían Rosas frescas, fragantes y

olorosas y significaban que el Señor había venido a buscar a su Santísima Madre para llevarla a su Gloria Celestial y Su Cuerpo no sufra la corrupción.

**“R E V E L A C I O N” “LA MADRE DE DIOS REINANDO EN LOS CIELOS”.**

(Esta última Revelación nos lo refiere Sor María de Jesús de Agreda, que fue otra favorecida de Dios quien nos relata sus “Experiencias Celestiales”.) Luego que Ntro. Redentor Jesús entró en el Cielo llevando a su Madre Santísima, ésta fue colocada a la diestra de El, su Hijo y Dios Verdadero, en el mismísimo Trono Real de la Beatísima Trinidad, a donde ni los hombres, ni los ángeles, ni serafines han llegado o llegarán jamás por toda la Eternidad. Esta es la más alta y excelente preeminencia de Nuestra Reina y Señora, estar en el mismo Trono de las Tres Divinas Personas, cuando todos los demás bienaventurados, no son más que siervos y ministros.

Colocada María Santísima en su Trono Eminentísimo, declaró el Señor a los cortesanos del Cielo, los privilegios que graciosamente eran comunicados a la Madre de Dios. Entonces la Persona del Eterno Padre, como Primer Ministro de todo, dijo hablando con los ángeles y santos: **“Nuestra Hija María fue escogida y poseída de Nuestra Voluntad Eterna entre todas las criaturas y la primera para nuestras delicias; nunca degeneró el título de Hija que le dimos en nuestra Mente Divina y tiene derecho a Nuestro Reino en donde ha de ser reconocida y coronada como Legítima Señora y Singular Reina”.** Después el Verbo Humanado añadió: **“A mi Madre verdadera y natural le pertenecen todas las criaturas que por mí fueron creadas y redimidas y de todo lo que Yo soy Rey, ha de ser Ella Legítima y Suprema Reina”.** Por último el Espíritu Santo dijo: **“Por el Título de esposa mía, amiga y escogida, a que con fidelidad ha correspondido se debe también a María la Corona de Reina por toda la Eternidad”.** Dichas éstas palabras, las tres Divinas Personas pusieron en las sienes de María Santísima una Corona de Gloria de tan nuevo resplandor y mérito, cual ni se vio antes, ni se verá en pura criatura. Al mismo tiempo salió una voz del Trono que decía: **“Amiga y escogida entre todas las criaturas, nuestro Reino es tuyo, tu eres Reina, Señora y Superiora de los Serafines y de todos nuestros Ministros los ángeles y de todo el resto de nuestras criaturas.**

**Atiende, manda y reina prósperamente sobre ellos, que en nuestro supremo consistorio, te damos Imperio, majestad y señorío. Estando llena de Gracia**

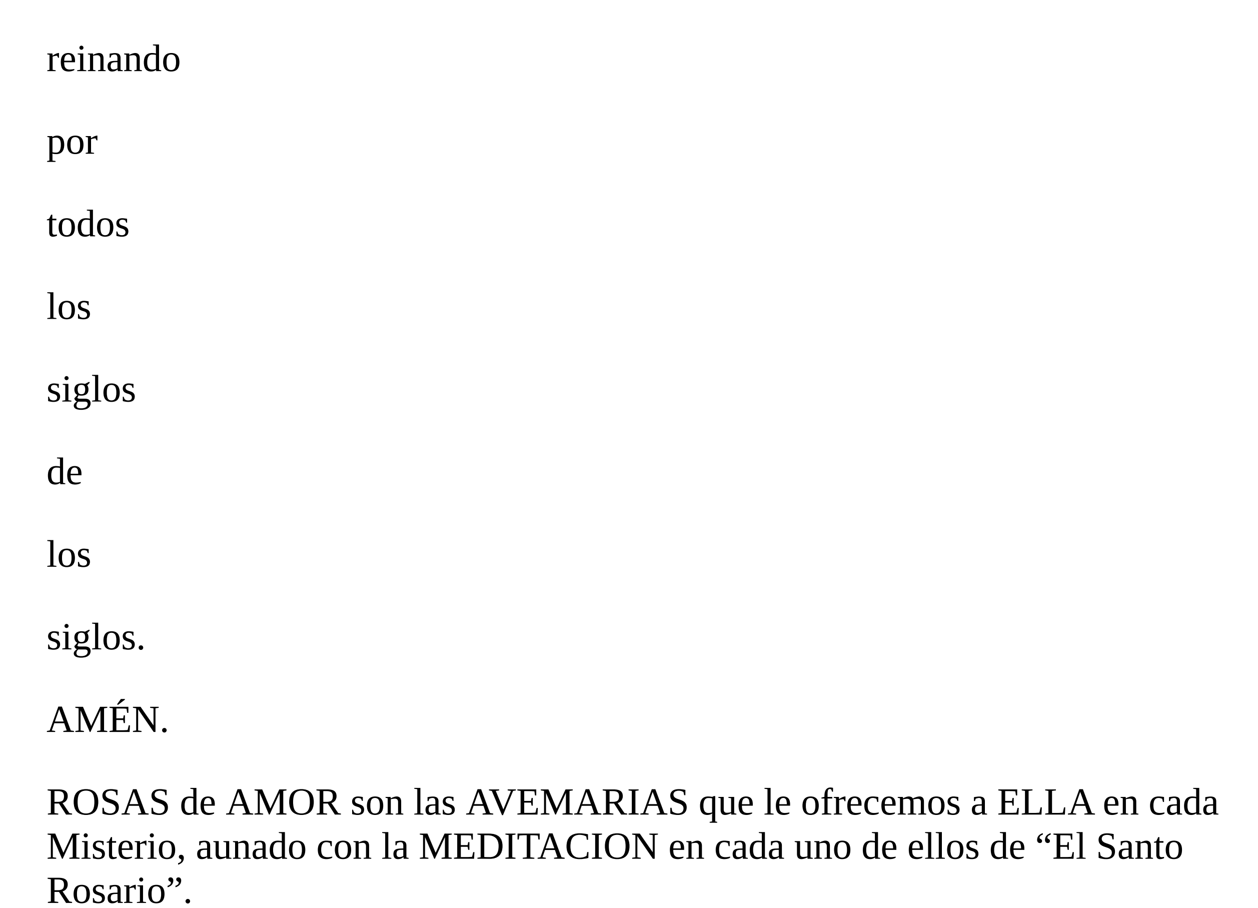
**sobre todos, te humillaste en tu estimación al inferior lugar; recibe pues ahora la supremacía de que se te debe y el dominio , participando de Nuestra Divinidad sobretodo lo que fabricaron nuestra manos con nuestra Onmipotencia. Desde tu Real Trono mandarás hasta el centro de la Tierra y con el Poder que te damos sujetarás al infierno y a todos sus moradores, todos te temerán como a su propia Emperatriz y Señora de aquellas tenebrosas cavernas de nuestros enemigos. Reinarás sobre la Tierra y todos los elementos y sus criaturas. En tus manos y en tu Voluntad ponemos las virtudes y efectos de todas causas, sus operaciones y su conservación, para que dispenses de la influencia de los Cielos, de la lluvia, de las nubes y de los frutos de la tierra; y de todo, distribuye según tu beneplácito, pues nuestra Voluntad estará siempre atenta para ejecutar la tuya. Serás Reina y Señora de todos los mortales para detener la muerte y conservar la vida. Séas Emperatriz y Señora de la Iglesia militante, su Protectora, su Abogada, su Madre y su Maestra, Serás Especial Patrona de los Reinos Católicos y si ellos, los cristianos y todos los hijos de Adán te llamasen de corazón y te sirvieren, los remediarás y ampararás en sus trabajos y necesidades. Serás Amiga, Guía, Defensora y Capitana de todos los Justos y Amigos nuestros; y a todos los consolarás, confortarás y llenarás de bienes conforme te obligaren con su Devoción. Para todo esto, te hacemos Depositaria de nuestras riquezas y Tesorera de nuestros bienes; en tus** 29

**manos ponemos los auxilios y favores de Nuestra Gracia para que los dispenses a la Humanidad, no queriendo conceder cosa alguna a los hombres que no sea por tu mano.**

**En tus manos estará derramada la Gracia para todo lo que quisieras y ordenares en el Cielo y en la Tierra; los hombres y los ángeles te obedecerán en todas partes, porque todas nuestras cosas son tuyas, como tú siempre fuiste nuestra y reinarás a nuestro lado para siempre”.** Tal fue el discurso que pronunció la Beatísima Trinidad, y conforme a este decreto y privilegios concedidos a la Madre de Dios, mandó el Omnipotente a todos los cortesanos del Cielo, ángeles y hombres, que prestasen obediencia a María Santísima y la reconociesen por su Reina y Señora.

Así lo hicieron en aquel felicísimo Reino en donde todas las cosas se reducen a su orden y proporción debidos. Los espíritus angélicos y las almas de los santos hicieron este reconocimiento y adoración, al modo que adoraron al Señor con temor, culto y obediencia, dando respectivamente la misma a su Divina Madre.

Todos los santos que estaban en cuerpo y alma en el cielo, se postraron y adoraron con acciones corpóreas a su Reina. Esta Coronación de la Madre de Dios como Emperatriz de Cielos y Tierra, fue admirable para Gloria de Ella, de grande gozo y júbilo para los ángeles y santos y de suma complacencia para la Beatísima Trinidad. En ese día hubo grande fiesta en el Cielo empírico y se aumentó la Gloria Universal de todos sus ciudadanos. Dejemos pues a Nuestra Gran Reina y Señora colocada a la Diestra de su Santísimo Hijo,



reinando

por

todos

los

siglos

de

los

siglos.

AMÉN.

ROSAS de AMOR son las AVEMARIAS que le ofrecemos a ELLA en cada Misterio, aunado con la MEDITACION en cada uno de ellos de “El Santo Rosario”.

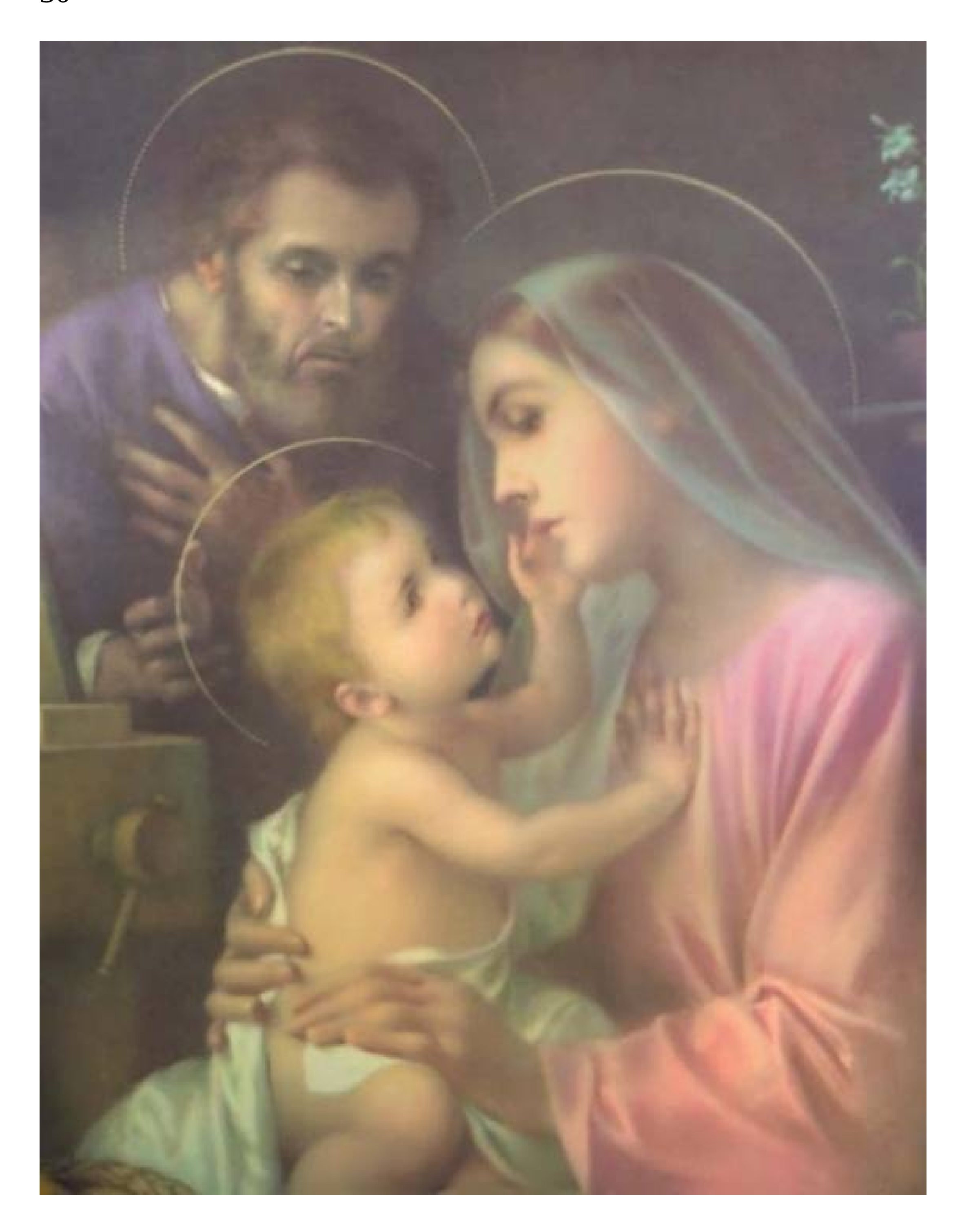
“**El SANTO ROSARIO es la Oración más poderosa, después de la SANTA MISA” Su Santidad PÍO X.**

**“LAS CUATRO LLAVES DEL CIELO”son:**

**“La Eucaristía”, “El Rosario”, “El Viacrúcis” y “El Escapulario”** y aunado con tus actividades propias de cada día y viviendo conforme a tu estado civil, tendrás la protección de Ella y además al final de tu vida terrenal, te llevará a Su Gloria Singular para vivir eternamente a su lado y al de su Hijo Divino JESÚS y Nuestro Padre Celestial. Amen.

Que tu vida y tus Navidades sean siempre Santas. Son los deseos de: “La Sagrada Familia”.

30



Jesús, José y Maria

Sed Vos la salvación mía,

Jesús, José y Maria

Asistidme en mi última agonía,

Jesús, José y Maria

En Vos descanse en paz el alma mía.

31

# Document Outline

